

Cuentos de la Alhambra

Por

Washington Irving

El Viaje.

Conducido a España a impulsos de la curiosidad en la primavera de 1829, hice una excursión desde Sevilla a Granada en compañía de un amigo, agregado entonces a la embajada rusa en Madrid. Desde regiones muy distantes nos había llevado el acaso al país en que nos hallábamos reunidos, y la conformidad de nuestros gustos nos inspiró el deseo de recorrer juntos las románticas montañas de Andalucía. ¡Ojala que si estas páginas llegan a sus manos en el país adonde las obligaciones de su destino hayan podido conducirlo, ya le hallen engolfado en la pompa tumultuosa de las cortes, ya meditando sobre las glorias más efectivas de la naturaleza; le recuerden nuestra feliz peregrinación y la memoria de un amigo, a quien ni el tiempo ni la distancia harán jamás olvidar su amabilidad y su mérito!

Antes de pasar adelante, no será inoportuno presentar algunas observaciones preliminares sobre el aspecto general de España, y el modo de viajar por aquel país. En las provincias centrales, al atravesar el viajero inmensos campos de trigo, ora verdes y undosos, ya rubios como el oro, ya secos y abrasados por el sol; buscara en vano la mano que los ha cultivado, hasta que al fin divisara, sobre la cima de un monte escarpado, un lugar con fortificaciones moriscas medio arruinadas, o alguna torre que sirviera de asilo a los habitantes durante las guerras civiles, o en las invasiones de los moros. La costumbre de reunirse para protegerse mutuamente en los peligros, existe aún entre los labradores españoles, merced a la rapiña de los ladrones que infestan los caminos.

La mayor parte de España se halla desnuda del rico atavío de los bosques y las selvas, y de las gracias más risueñas del cultivo; pero sus paisajes tienen un carácter de grandeza que compensa lo que les falta bajo otros respetos: háyanse en ellos algunas de las cualidades de sus habitantes, y de ahí es que yo concibo mejor al duro, indomable y frugal español después que he visto su país.

Los sencillos y severos rasgos de los paisajes españoles tienen una sublimidad que no puede desconocerse. Las inmensas llanuras de las Castillas y de la Mancha, extendiéndose hasta perderse de vista, adquieren cierto interés con su extensión y uniformidad, y causan una impresión análoga a la que produce la vista del océano. Recorriendo aquellas soledades sin límites visibles, suele descubrirse de cuando en cuando un rebaño apacentado por un pastor inmóvil como una estatua, con su bastón herrado en la mano a guisa de lanza; una recua de mulos que cruzan pausadamente el desierto, cual atraviesan las caravanas de camellos los arenales de la Arabia; o bien un zagal

que camina solo con su cuchillo y carabina.

Los peligros de los caminos dan ocasión a un modo de viajar que presenta en escala menor las caravanas del oriente: los arrieros parten en gran número y bien armados a días señalados, y los viajeros que accidentalmente se les reúnen aumentan sus fuerzas.

El arriero español posee un caudal inagotable de canciones y romances con que aligera sus continuas fatigas. La música de estos cantos populares es sobremanera sencilla, pues que se reduce a un corto número de notas, y las letras por lo común son algunos romances antiguos sobre los moros, endechas amorosas, y con mayor frecuencia romances en que se refieren los hechos de algún famoso contrabandista; y sucede no pocas veces, que tanto la música como la letra es improvisado, y se refiere a una escena local o a algún incidente del viaje. Este talento de improvisación, tan común en aquel país, parece se ha trasmitido de los árabes, y es fuerza convenir en que aquellos cantos de tan fácil melodía producen una sensación sumamente deliciosa cuando se oyen en medio de los campos salvajes y solitarios que celebran, y acompañados por el argentino sonido de las campanillas de las mulas.

No es posible imaginarse cosa más pintoresca que el encuentro de una recua de mulas en el tránsito de aquellos montes. Oiréis ante todo las campanillas de la delantera, cuyo sonido repetido y monótono rompe el silencio de las alturas aéreas, y tal vez la voz de un arriero que llama a su deber a alguna bestia tarda o descaminada, o que canta con toda la fuerza de sus pulmones un antiguo romance nacional. Al cabo de rato descubris las mulas que pasan lentamente los desfiladeros, ya bajando una pendiente tan rápida y elevada, que las veréis como designadas de relieve sobre el fondo azul del cielo, ya avanzando trabajosamente al través de los barrancos que están a vuestros pies. A medida que se aproximan distinguís sus adornos de color brillante, sus arreos bordados, sus plumajes; y cuando ya están más cerca, el trabuco, siempre cargado, que cuelga detrás de los fardos como una advertencia de los peligros del camino.

El antiguo reino de Granada, en el que íbamos a entrar, es uno de los países más montuosos de España. Sierras vastas o cadenas de montes desnudos de árboles y de maleza, y abigarrados de canteras de mármol y de granito de diversos colores, levantan sus peladas crestas en medio de un cielo de azul oscuro; más en su seno están ocultos algunos valles fértiles y frondosos, y el desierto cede el lugar al cultivo, que fuerza a las rocas más áridas a producir el naranjo, la higuera y el limonero, y a engalanarse con las flores del mirto y el rosal.

En las gargantas más salvajes de aquellos montes se encuentran varios lugarejos murados, contruidos a manera de nidos de águilas en las cimas de

los precipicios, y algunas torres derruidas, colgadas por decirlo así sobre los picos más elevados, recordando los tiempos caballerescos, las guerras de moros y cristianos, y la lucha romántica que precedió a la toma de Granada. Al transitar el viajero por aquellas altas cordilleras, se ve a cada paso precisado a echar pie a tierra, y conducir el caballo de la brida para subir y bajar por algunas sendas ásperas y angostas, semejantes a escaleras arruinadas. Algunas veces corre el camino a orillas de precipicios espantosos, de que ningún parapeto os defiende; otras se sumerge en una pendiente rápida y peligrosa que se pierde en una oscura profundidad, o pasa por entre barrancos formados por los torrentes del invierno, y que sirven de guarida a los malhechores. Descúbrase de cuando en cuando una cruz de funesto presagio; y este monumento del robo y del asesinato, erigido sobre un montón de piedras a la orilla del camino, advierte al caminante que se halla en un paraje frecuentado por los bandidos, y que quizá entonces mismo le acecha en emboscada alguno de aquellos malvados. Muchas veces sorprendido el caminante en el recodo de un valle sombrío por un bramido ronco y espantoso, levanta la cabeza, y en una de las frondosas quebradas del monte descubre una manada de fieros toros andaluces destinados a los combates del circo. Nada más imponente que el aspecto de aquellos brutos terribles, errantes en su terreno nativo con toda la fuerza que les da la naturaleza: indómitos y casi extraños al hombre, solo conocen al pastor que los guarda, y que no siempre se atreve a aproximárseles; el mugido de estos animales, y los amenazantes ojos con que miran hacia abajo desde sus elevadas praderas, añaden todavía expresión al aspecto salvaje de la escena.

El 1º de mayo salimos mi compañero y yo de Sevilla para Granada, y como conocíamos el país que íbamos a recorrer, y lo incómodo y poco seguro de los caminos, enviamos delante con arrieros los efectos de más valor, y llevábamos únicamente nuestros vestidos y el dinero necesario para el viaje, con un aumento destinado a satisfacer a los bandoleros, caso de vernos atacados, y libertarnos así del mal trato a que se ven expuestos los viajeros muy avaros o muy pobres. Sabíamos también que no debe confiarse en la despensa de las posadas, y que habíamos de cruzar largos espacios inhabitados; y con este conocimiento tomamos las precauciones convenientes para asegurar nuestra subsistencia, y alquilamos dos caballos para nosotros, y otro para que llevase nuestro corto equipaje y a un robusto vizcaíno, que debía guiarnos en el laberinto de aquellas montañas, cuidar de las caballerías, y en fin, servirnos en la ocasión, ya de ayuda de cámara, ya de guarda. Habíase este prevenido de un formidable trabuco para defendernos, según decía contra los rateros: sus fanfarronadas sobre esta arma no tenían termino; más sin embargo, con descredito de su prudencia militar, la carabina en cuestión colgaba descargada al arzón trasero de la silla. Como quiera, el vizcaíno era un criado fiel, celoso y jovial; tan fecundo en chistes y refranes como aquel modelo de

escuderos, el célebre Sancho, cuyo nombre le dimos: verdadero español en los momentos de su mayor alegría; más a pesar de la familiaridad con que le tratábamos, no paso jamás los límites de un respetuoso decoro.

Equipados en estos términos nos pusimos en camino, resueltos a sacar todo el partido posible de nuestro viaje; y con tales disposiciones, ¡cuán delicioso era el país que íbamos a recorrer! La venta más infeliz de España es más fecunda de aventuras que un castillo encantado, y cada comida que se efectúa puede mirarse como una especie de hazaña. Ensalcen otros enhorabuena los caminos resguardados de parapetos, las suntuosas fondas de un país cultivado y civilizado hasta el punto de no ofrecer sino superficies planas; en cuanto a mí, solo la España con sus agrestes montes y francas costumbres puede saciar mi imaginación.

Desde la primera noche disfrutamos ya uno de los placeres novelescos del país. Acababa de ponerse el sol cuando llegamos a una villa muy grande, cansados por haber cruzado una llanura inmensa y desierta, y calados de agua, en razón de la copiosa lluvia que había caído sobre nosotros. Apeamos en un mesón, en donde se alojaba una compañía de fusileros, ocupada entonces en persecución de los ladrones que infestaban la comarca; y como unos extranjeros de nuestra clase eran un objeto de admiración en aquel pueblo extraviado, el huésped, ayudado de dos o tres vecinos embozados en sus capas pardas, examinaba nuestros pasaportes en un rincón de la pieza, mientras un alguacil con su capita negra, tomaba apuntaciones a la débil luz de un farol. Unos pasaportes en lengua extranjera les daban mucha grima; más acudió a su socorro nuestro escudero Sancho, y nos dio aun mayor importancia con la pomposa elocuencia de un español. Al mismo tiempo la distribución de algunos cigarros nos ganó todos los corazones, y a poco rato ya estaba el pueblo entero en movimiento para obsequiarnos. Visitonos el alcalde en persona, y la misma huésped llevo con gran ceremonia a nuestro cuarto un gran sillón de juncos para que el ilustre viajero pudiese sentarse con mayor comodidad. Hicimos cenar con nosotros al comandante de los fusileros, el cual nos divirtió sobremanera con la animada relación de una campaña que había hecho en la América del Sur, y otras hazañas amorosas y guerreras, que debían todo su interés a sus ampulosas frases y multiplicados ademanes, y sobre todo a cierto movimiento de los ojos, que sin duda quería decir mucho. Pretendía saber el nombre y señas de todos los bandidos de la provincia, y se prometía ojearlos y prenderlos uno a uno. El buen oficial se empeñó en que nos había de dar algunos hombres para nuestra escolta. «Más uno solo bastara, añadió, porque los ladrones nos conocen, y la vista sola de uno de mis muchachos derramara el espanto por toda la sierra.» Le agradecemos su ofrecimiento y buena voluntad, asegurándole en el mismo tono, que con el formidable escudero Sancho no temeríamos haberlas con todos los bandoleros de Andalucía.

Mientras estábamos cenando con el amable perdonavidas, llego a nuestros oídos el sonido de una guitarra, acompañado de un repiqueteo de castañuelas, y poco después un coro de bien concertadas voces que cantaba una tonada popular. Era un obsequio del huésped, que para divertirnos había reunido aquellos músicos aficionados y a las hermosas de la vecindad, y cuando salimos al patio vimos una verdadera escena de alegría española. Nos colocamos bajo el soportal con los huéspedes y el comandante, y pasando la guitarra de mano en mano, vino a parar en las de un alegre zapatero, que nos pareció el Orfeo de la tierra. Era un joven de aspecto agradable, patilla negra, y las mangas de la camisa arremangadas hasta encima del codo. Sus dedos recorrían el instrumento con extraordinaria ligereza y habilidad, cantando al mismo tiempo algunas seguidillas amorosas, acompañadas de expresivas miradas a las mozas, con las que al parecer estaba en gran favor. En seguida bailo el fandango con una graciosa andaluza, causando gran placer a los espectadores. Pero ninguna de las mujeres que se hallaban presentes podía compararse a la linda Pepita, hija del huésped, que aunque con mucha prisa, se había prendido con la mayor gracia para el baile improvisado, entrelazando con frescas rosas las trenzas de sus hermosos cabellos: esta lucio su habilidad con un bolero que bailo, acompañada de un gallardo dragón. Habíamos nosotros dispuesto que se sirviese a discreción vino, dulces y otras frioleras; y sin embargo de que la reunión se componía de soldados, arrieros y paisanos de todas clases, nadie se excedió de los límites de una diversión honesta; y en verdad que cualquier pintor se hubiera tenido por dichoso de poder contemplar aquella escena. El elegante grupo de los bailadores, los soldados de a caballo de medio uniforme, los paisanos envueltos en sus capas, y en fin, hasta el amojamado alguacil, digno de los tiempos de D. Quijote, a quien se veía escribir con gran diligencia a la moribunda luz de una gran lámpara de cobre, sin cuidarse de lo que pasaba en su derredor, todo esto formaba un conjunto verdaderamente pintoresco.

No daré aquí la historia exacta de los acontecimientos de esta expedición de algunos días por montes y valles. Viajábamos como verdaderos contrabandistas, abandonándonos al azar en todas las cosas, y tomándolas buenas o malas según las deparaba la suerte. Este es el mejor modo de viajar por España, mas nosotros sin embargo habíamos cuidado de llenar de buenos fiambres las alforjas de nuestro escudero, y su gran bota de exquisito vino de Valdepeñas. Como este último artículo era en verdad de mayor importancia para nuestra campaña que la misma carabina de Sancho, conjuramos a este que estuviese en continua vigilancia sobre esta parte preciosa de su carga; y debo hacerle la justicia de decir que su homónimo, tan celebre por el celo con que cuidaba de la mesa, no le excedía en nada como proveedor inteligente. Así pues, a pesar de que las alforjas y la bota eran vigorosa y frecuentemente atacadas, no parecía sino que tenían la milagrosa propiedad de no vaciarse

jamás, porque nuestro ingenioso escudero nunca se olvidaba de colocar en ellas los relieves de la cena de la venta, para que sirviesen a la comida que hacíamos a campo raso al día siguiente. ¡Con cuanta delicia almorzábamos algunas veces a la mitad de la mañana, sentados a la sombra de un árbol, a orillas de una fuente o de un arroyo! ¡Que siestas tan dulces no tomamos, sirviéndonos de colchón nuestras capas tendidas sobre la fresca yerba!

En cierta ocasión hicimos alto a medio día en una frondosa pradera, situada entre dos colinas cubiertas de olivos. Tendimos las capas bajo de un pomposo álamo que daba sombra a un bullicioso arroyuelo, y arrendados los caballos de modo que pudiesen pacer, ostento Sancho con aire de triunfo todo el caudal de su despensa. Los sacos contenían algunas municiones recogidas en el espacio de cuatro días; pero habían sido notablemente enriquecidos con los restos de la cena que habíamos tenido la noche anterior en una de las mejores posadas de Antequera. Sacaba nuestro escudero poco a poco el heterogéneo contenido en su zurrón y yo creí que no acababa jamás. Apareció ante todo una pierna de cabrito asada, casi tan buena como cuando nos la habían servido; siguiese un gran pedazo de bacalao seco envuelto en un papel, los restos de un jamón, medio pollo, una porción de panecillos, y en fin, un sinnúmero de naranjas, higos, pasas y nueces: la bota había sido también reforzada con excelente vino de Málaga. A cada nueva aparición gozaba de nuestra cómica sorpresa, dejándose caer sobre el césped con grandes carcajadas. Elogiábamos extremadamente a nuestro sencillo y amable criado, comparándole en su afición a llenar la panza, al célebre escudero de D. Quijote. Estaba el muy versado en la historia de este caballero, y como la mayor parte de las gentes de su clase, creía a pie juntillas en su realidad.

«¿Y hace mucho tiempo que sucedió eso? me dijo un día con semblante interrogativo.

—Sí, mucho tiempo, le conteste yo.

—Yo apostaría a que ha ya mas de mil años, replico mirándome con una expresión de duda todavía mas marcada.

—No creo yo que haya mucho menos.» El escudero no pregunto mas.

Mientras al compás de sus gracias explotábamos nosotros las provisiones que quedan descritas, se nos acercó un mendigo que casi parecía un peregrino. Su entrecana barba y el bastón en que se apoyaba anunciaban vejez; más su cuerpo muy poco inclinado, mostraba aun los restos de una estatura gallarda. Llevaba un sombrero redondo de los que usan los andaluces, una especie de zamarra de piel de carnero, calzón de correal, botón y sandalias. Sus vestidos, aunque ajados y cubiertos de remiendos, estaban limpios, y se llegó a nosotros con aquella atenta gravedad que se nota en los españoles, aun de la ínfima clase. Había en nosotros disposición favorable para recibir semejante visita, y

así, por un impulso espontáneo de caridad, le dimos algunas monedas, un pedazo de pan blanco y un vaso de buen vino de Málaga. Recibiolo todo con reconocimiento; mas sin manifestar con ninguna bajeza su gratitud. Luego que probó el vino, le miro al trasluz, y mostrando cierta admiración se lo bebió de un sorbo, diciendo: «¡Cuantos años ha que no había yo probado tan buen vino! Esto es un verdadero cordial para los pobres viejos.» Contemplo luego el pan, y dijo besándole: «Bendito sea Dios.» Dicho esto se lo metió en el zurrón, y habiéndole instado nosotros para que se lo comiese en el acto: «No señores, replico; el vino era preciso beberlo o dejarlo, más el pan debo llevarlo a mi casa y partirlo con mi pobre familia.» Sancho consulto nuestros ojos, y dio al pobre abundantes fragmentos de la comida, bien que con la condición de que se comería en el acto una parte.

Sentose pues a poca distancia de nosotros y comió pausadamente, con una finura y una sobriedad, que hubieran podido honrar a un hidalgo. Yo creí descubrir en él una especie de tranquila dignidad y atenta cortesanía, que anunciaban que había conocido mejores días; pero no había nada de esto: no tenía más que la política natural a todo español, y aquel aire poético que caracteriza los pensamientos y el lenguaje de este pueblo vivo e ingenioso. Nuestro peregrino había sido pastor por espacio de cincuenta años, y al presente se hallaba desacomodado y sin medios para subsistir. «Cuando yo era joven, decía, no había cosa alguna capaz de hacerme tomar pesadumbre: hallabame siempre sano y contento; mas ahora tengo setenta y nueve años, me veo precisado a mendigar el sustento, y ya empiezan a abandonarme las fuerzas.»

Sin embargo, todavía no estaba acostumbrado a la mendiguez; hacía poco tiempo que la necesidad le había obligado a recurrir a tan triste y desagradable recurso, y nos hizo una pintura muy patética de los combates que había sostenido su orgullo contra la necesidad. Volvía de Málaga sin dinero, hacía mucho tiempo que no había comido, y aun tenía que atravesar una de aquellas vastas llanuras en donde se hallan tan pocas habitaciones: muerto casi de debilidad, pidió primeramente a la puerta de una venta: Perdone usted por Dios, hermano, le contestaron. «Pase adelante, dijo, con más vergüenza aún que hambre, porque todavía no se hallaba abatido el orgullo de mi corazón. Al pasar por un río, cuyas márgenes estaban muy elevadas y la corriente era profunda y rápida, estuve tentado de precipitarme en él. ¿A que ha de permanecer sobre la tierra, dije interiormente, un viejo miserable como yo? Iba ya a arrojarme; mas Dios ilumino mi corazón y me aparto de tan criminal idea. Dirígeme a una casita que se hallaba situada a cierta distancia del camino, entreme en el patio; la puerta de la casa estaba cerrada, mas había dos señoritas asomadas a una de las ventanas. Las pedí limosna, y—Perdone usted por Dios, hermano, fue otra vez la respuesta que recibí, cerrándose al mismo tiempo la ventana. Salíme casi arrastrando del patio, pronto ya a desmayarme;

y creyendo que era llegada mi hora, me deje caer contra la puerta, me encomendé de todo corazón a la Virgen nuestra señora, y me cubrí la cabeza para morir. A pocos minutos llego el dueño de la casa, y viéndome tendido a su puerta, se compadeció de mis canas, me hizo entrar y me dio algún alimento, con que pude recobrarne. Ya veis, señores, que nunca debe perderse la confianza en la protección de la santísima Virgen.»

El anciano se dirigió hacia Archidona, su país natural, que descubríamos a poca distancia en la cima de un monte escarpado, y en el camino nos hizo reparar en las ruinas de un antiguo castillo de los moros, que habito uno de sus reyes en tiempo de las guerras de Granada. «La reina Isabel, nos dijo, le sitio con un ejército poderoso; mas el, mirándolo desde lo alto de su fortaleza, se burlaba de sus esfuerzos. Entonces se apareció la Virgen a la reina, y a ella y a sus soldados los condujo por un camino misterioso, que nadie hasta entonces había frecuentado ni frecuento después. Cuando el moro vio llegar a la reina quedo pasmado, y acosando el caballo hacía el precipicio, se arrojó en él y se hizo pedazos. Aun se ven a la orilla del peñasco las señas de las herraduras, y ustedes mismos pueden descubrir desde aquí el camino por donde la reina y el ejército subieron a la montaña, que se extiende a manera de una cinta a lo largo de sus laderas; mas lo que hay en esto de milagroso es, que aunque a cierta distancia puede conocerse, desaparece luego que se trata de examinarle de cerca.» El camino ideal que el buen pastor nos enseñaba, no era probablemente otra cosa que alguna arroyada arenosa, que se distinguía a cierta distancia en que la perspectiva disminuía su anchura, y se confundía con el resto de la superficie cuando se miraba más de cerca.

Como con el vino y la buena acogida se había restablecido el anciano, nos refirió otra historia de un tesoro que el rey moro había enterrado bajo el castillo, junto a cuyos cimientos estaba situada su casa. El cura y el boticario del pueblo, habiendo soñado por tres veces en el tesoro, hicieron una excavación en el paraje que sus sueños les habían indicado, y el yerno de nuestro convidado oyó por la noche el ruido de los azadones. Nadie sabe lo que hallaron; pero lo cierto es que ellos se hicieron ricos de repente y guardaron su secreto. De modo que el viejo pastor se había visto al umbral de la fortuna; mas estaba decretado que él y esta no habían de morar jamás bajo un mismo techo.

Tengo observado que las historias de tesoros enterrados por los moros corren principalmente entre las gentes más pobres de España, como si la naturaleza quisiese compensar con la sombra la falta de la realidad: el hombre sediento sueña arroyos y fuentes cristalinas, el que tiene hambre banquetes opíparos, y el pobre montes de oro escondido: no hay cosa más rica que la imaginación de un mendigo.

La última escena de nuestro viaje que referiré, es la noche que pasamos en

la pequeña ciudad de Loja, celebre plaza fronteriza en tiempo de los moros, y en cuyas murallas se estrelló el poder de Fernando. De esta fortaleza salió el viejo Aliatar, suegro de Boabdil, acompañado de su yerno para la desastrada expedición, que acabo con la muerte del general y la prisión del monarca. Esta Loja en una situación pintoresca en medio de un desfiladero que sigue las márgenes del Genil, circuida de rocas inaccesibles, bosquecillos, prados y jardines. Nuestra posada, que en nada desdecía del aspecto del pueblo, la tenía una joven y linda viudita andaluza, cuya basquiña negra de seda guarnecida de franjas, dibujaba graciosamente unas formas mórbidas y elegantes. Paso firme y ligero, ojos negros y llenos de fuego, y su aire de presunción y su esmerado aliño, manifestaban sobradamente que estaba acostumbrada a excitar la admiración.

Un hermano, que tendría en corta diferencia la misma edad, ofrecía con ella el perfecto modelo del majo y la maja andaluces. Era alto, robusto y bien dispuesto; color moreno claro, ojos negros y brillantes, y patillas castañas y rizadas que se unían por bajo de la barba. Ajustaba su cuerpo una chaquetilla de terciopelo verde, adornada de un sinnúmero de botoncillos de plata, y por cada una de las faltriqueras asomaba la punta de un pañuelo blanco; calzón de la misma tela, con una carrera de botones que bajaba desde la cadera a la rodilla; rodeaba su cuello un pañuelo de seda color de rosa, que pasando por una sortija, bajaba a cruzarse sobre una camisa aplanchada con esmero. Llevaba además un cinto, lindos botines de hermoso becerro leonado, que abiertos hacía la pantorrilla, dejaban ver una media muy fina; y en fin, zapatos anteados, que hacían campear con ventaja un pie perfecto.

Hallándose este a la puerta llego un hombre a caballo, y en voz baja entablo con él una conversación que parecía muy seria. Su traje era del mismo gusto, y casi tan elegante como el del huésped: podría tener treinta años, era alto y fornido, y aunque ligeramente pintado de viruelas, no dejaba de haber gracia en sus bellas facciones; su ademan y su aire, no solo tenían soltura sino resolución, y aun osadía. El poderoso caballo que montaba, negro como el azabache, estaba adornado de gallardos arreos, y llevaba un par de trabucos pendientes del arzón trasero. La figura de este hombre me hizo acordar de los contrabandistas que había visto en los montes de Ronda. Conocí que tenía íntimas relaciones con el hermano de nuestra huésped, y también pensé, salvo error, que era amante favorecido de la graciosa viuda. Con efecto, toda la casa y sus habitantes tenían cierto aspecto de contrabando: la carabina descansaba en un rincón, junto a la guitarra. El referido caballero paso la noche en la posada, y canto con mucha expresión diferentes romances guerreros de las montañas. Estando nosotros cenando, llegaron dos pobres asturianos pidiendo un pedazo de pan y un asilo para pasar aquella noche. Habíanlos asaltado los ladrones al volver de una feria, y después de robarles el caballo con las mercaderías que llevaba, el dinero y una parte de sus vestidos, los habían

apaleado porque quisieron defenderse. Mi compañero, con la pronta generosidad que le es natural, pidió cena y cama para los dos, y les dio el dinero que necesitaban para llegar a sus casas.

A medida que entraba la noche, iban presentándose en la escena nuevos personajes. Un hombre alto y gordiflón, de unos sesenta años, vino a tomar parte en la alegre cháchara de la huésped. Vestía el traje ordinario del país, con la adición de un enorme sable que llevaba bajo el brazo; sus anchos bigotes daban al semblante cierta gravedad, que anunciaba una especie de insolente confianza, y al parecer le miraban todos con mucho respeto.

Sancho nos dijo al oído que aquel personaje era D. Alfonso Gutiérrez, el héroe y campeón de Loja, célebre por su fuerza prodigiosa, y por las muchas hazañas con que se señaló en tiempo de la invasión francesa. Con efecto, su lenguaje y singulares maneras me divertían extraordinariamente; porque nuestro hombre era un verdadero andaluz, cuya jactancia igualaba cuando menos a su bravura. Iba siempre cargado con su sable como una niña con la muñeca; tan pronto le tenía en la mano como bajo el brazo, llamabale su santa Teresa, y solía decir: «Cuando le saco tiembla la tierra.»

Estuvimos hasta muy tarde oyendo las conversaciones de tan diversos personajes, que platicaban juntos con toda la franqueza de una posada española. Oímos cantares de contrabandistas, historias de ladrones, antiguos romances moriscos, y por fin de fiesta, nuestra bella huésped canto los infiernos, o las regiones infernales de Loja, que son unas cavernas sombrías, por donde corren y se precipitan con espantoso estruendo ríos y cascadas subterráneas. El vulgo cree que desde tiempo de los moros, cuyos reyes tenían sus tesoros en estas cuevas, habitan en ellas monederos falsos.

No sería difícil llenar estas páginas de incidentes de nuestra expedición; pero me llaman otros objetos. Viajando de este modo, Salimos en fin de los montes para entrar en la hermosa vega de Granada. Sentamonos a la orilla de un riachuelo sombreado de frondosos olivos, y allí hicimos nuestra última comida a campo raso, teniendo a la vista la antigua capital del postrer reino musulmán en España. Las altas torres de la Alhambra comunicaban a la ciudad un interés irresistible, al paso que la Sierra-Nevada descollaba por encima de los edificios a manera de una corona de plata. Brillaba el día puro y despejado, y la fresca brisa de los montes templaba los ardores del sol. Cuando hubimos comido tendimos las capas, y disfrutamos por última vez del placer de dormir sobre el césped, halagados por el blando susurro de las abejas que vagan de flor en flor, y el tierno arrullo de las tórtolas que posan en los olivos. Pasadas las horas del calor volvimos a emprender la marcha, y después de haber caminado entre vallados de aloes y bananos, y atravesado una multitud de jardines, llegamos a la que anocheecía a las puertas de Granada.

A los ojos del viajero que se halle poseído de un sentimiento de predilección hacia la histórica y poética Alhambra de Granada, es este monumento tan venerable como para los peregrinos musulmanes la Kaaba o casa sagrada de Mahoma. ¡Cuántas leyendas y tradiciones verdaderas o fabulosas, cuantos cantares, cuantos romances amorosos o heroicos, españoles o árabes tienen por objeto este edificio encantado! ¡Figúrese pues el lector cual sería nuestro alborozo, cuando a poco de haber llegado a Granada, nos permitió el gobernador de la Alhambra que habitásemos los aposentos que tenían desocupados en aquel palacio de los reyes moros! Los siguientes rasgos son el fruto de mis investigaciones y meditación durante esta deliciosa permanencia; y si pudiesen comunicar a la imaginación del lector una parte del misterioso interés que inspiran los sitios donde fueron trazados, yo sé que había de lastimarse de no haber pasado un verano conmigo en aquellos salones de la Alhambra, tan fecundos en memorias maravillosas.

Gobierno de la Alhambra.

Es la Alhambra una fortaleza antigua, o un palacio fortificado, desde cuya morada dominaban los reyes moros de Granada su ponderado paraíso terrenal, y en donde estuvo la última silla de su imperio en España. El palacio forma solo una parte de la fortaleza, cuyas almenadas murallas se extienden en dirección irregular en derredor de la cresta de una elevada colina que se desprende de la cadena de montes nevados y domina la ciudad. En tiempo de los moros podía esta fortaleza contener en su recinto un ejército de cuarenta mil hombres, y no pocas veces sirvió a los soberanos de asilo contra sus vasallos sublevados. Después de haber pasado el reino a manos de los cristianos, siguió la Alhambra siendo una morada real, y la habitaron algunas veces los monarcas castellanos. Carlos V comenzó a levantar un palacio dentro de sus muros; mas los repetidos terremotos no dejaron llevar adelante esta empresa. Los últimos reyes que habitaron este edificio, fueron Felipe V y su esposa la reina Isabel de Parma, al principio del siglo diez y ocho.

Hicieronse grandes preparativos para recibirlos, se reparó el palacio y los jardines, y se construyeron nuevas habitaciones, que fueron ricamente adornadas por artistas italianos. Mas a pesar de todo, después de la mansión pasajera de estos príncipes, la Alhambra quedó de nuevo desierta y desolada, si bien se conservaba siempre en ella un estado militar y guarnición bastante numerosa. El gobernador era nombrado directamente por el rey, y su jurisdicción se extendía hasta los arrabales de la ciudad, sin ninguna dependencia del capitán general de Granada. Habitaba la parte que corresponde a la fachada del antiguo palacio, y jamás bajaba a Granada sin

algún aparato militar. La fortaleza era en efecto una pequeña ciudad, pues que contenía muchas calles, un convento de franciscos y una iglesia parroquial.

Pero el abandono de la corte fue un golpe fatal para la Alhambra: sus hermosas salas fueron deteriorándose de día en día, quedando muchas del todo arruinadas; destruyeronse los jardines, y las fuentes cesaron de correr. Un enjambre de vagabundos se fue apoderando poco a poco de las partes desiertas de los edificios; los contrabandistas se aprovechaban de la independencia de su jurisdicción para seguir con seguridad sus criminales operaciones; los ladrones, los pícaros de todas clases se refugiaban en su recinto, y dirigían desde allí sus tiros sobre Granada y sus inmediaciones. Por fin, puso el gobierno la mano, y desapareció este desorden: la plaza fue enteramente purificada, quedando solo en ella aquellos moradores de notoria honradez, y cuyo derecho de residencia era incontestable; demolieronse la mayor parte de las casas, y únicamente se conservó una pequeña aldea, el convento y la parroquia. Durante las últimas guerras de la península, habiendo ocupado los franceses a Granada, pusieron una guarnición en la Alhambra: alojose el comandante en el palacio, y este monumento de la grandeza y de la elegancia de los moros, se salvó entonces de una completa devastación por efecto de aquel gusto ilustrado que distingue a la nación francesa. Se repararon los techos, y lo que quedaba de las salas y las galerías fue puesto a cubierto de la injuria del tiempo; se cultivaron los jardines, pusieronse corrientes los conductos del agua, y volvió a saltar esta en medio de las flores: de modo que España debe a sus invasores la conservación del más hermoso y más interesante de sus monumentos históricos.

Antes de evacuar la fortaleza, volaron los franceses muchas torres de la muralla exterior e inutilizaron las fortificaciones; y como desde entonces no existe ya la importancia militar de esta plaza, su guarnición consiste únicamente en algunos inválidos, cuyo principal servicio esta reducido a guardar las torres exteriores, que suelen servir para prisión de reos de estado. El mismo gobernador ha abandonado ya las alturas de la Alhambra y vive en el centro de Granada, en donde le es mucho más fácil comunicarse con el gobierno.

No puedo terminar esta breve noticia sin dar testimonio de la exactitud y laudable celo con que el actual comandante de la Alhambra D. Francisco de la Serna, llena los deberes de su destino, y emplea los cortos recursos de que puede disponer en reparar las ruinas del palacio, y retardar por medio de sabias precauciones una ruina que por desgracia es sobrado cierta. Si hubiesen hecho otro tanto sus predecesores, este monumento conservaría aun casi toda su belleza primitiva, y si el gobierno auxiliase los buenos deseos de este benemérito oficial, aquellos preciosos vestigios adornarían aun el país por largo tiempo, y de todos los puntos de la tierra conducirían a el a los curiosos

ilustrados.

Interior de la Alhambra.

Son tantas y tan minuciosas las descripciones que se han hecho de la Alhambra, que sin duda bastaran algunos rasgos generales para refrescar la memoria del lector. Voy pues a referir sucintamente la visita que hicimos a este monumento la mañana inmediata a nuestra llegada a Granada.

Habiendo salido del mesón de la Espada, en donde parábamos, atravesamos la célebre plaza de Vivarrambra, teatro en otros tiempos de justas y torneos, y trasformada ahora en mercado muy concurrido. De allí pasamos al Zacatin, cuya calle principal era en tiempo de los moros un gran mercado: sus pequeñas tiendas y angostos soportales conservan aun el carácter oriental. Después de haber cruzado la plaza donde se halla el palacio del capitán general, subimos una calle tortuosa y no muy ancha, cuyo nombre recuerda los días caballerescos de Granada; a saber, la calle de los Gomeles, así llamada de una tribu famosa en las crónicas y en los romances, la cual conduce a una puerta de arquitectura griega, edificada por Carlos V, que da entrada a los dominios de la Alhambra.

Dos o tres veteranos, sentados en un banco de piedra, reemplazaban a los zegries y abencerrajes; y el canoso centinela estaba hablando con un ganapán alto y seco, cuyo pardo y raído capote cubría apenas el resto de unos vestidos más miserables todavía, el cual luego que nos descubrió se vino a nosotros, ofreciéndose a acompañarnos y enseñarnos la fortaleza.

Yo he mirado siempre a los Ciceroni con cierta repugnancia de viajero, y el aspecto de este no me inclinaba ciertamente a hacer una excepción en su favor.

«¿Sin duda, le dije, conoceréis muy bien el edificio?»

—Palmo por palmo, señor; como que soy hijo de la Alhambra.»

No puede negarse, que los españoles tienen un modo de expresarse muy poético. ¡Hijo de la Alhambra! Este título hirió mi imaginación, los andrajos de mi interlocutor adquirieron a mis ojos cierta dignidad, parecieronme el justo emblema de la varia fortuna del sitio, y por otra parte, cuadraban perfectamente a la progenitura de unas ruinas.

Le hice algunas preguntas, y quede convencido de que tenía un derecho legítimo al título que tomaba: su familia habitaba la fortaleza desde el tiempo de la conquista, y él se llamaba Mateo Giménez.

«¿Seréis tal vez, le pregunte, algún pariente del gran cardenal Giménez?»

—Quien sabe, señor; todo podría ser.... lo que no cabe duda es que somos la familia más antigua de la Alhambra, cristianos viejos sin mezcla de moro ni judío. Yo sé que pertenecemos a una gran casa, pero no me acuerdo cual: mi padre lo sabe todo, y conserva nuestro blasón colgado a la pared de su cabaña, que está en lo más alto de la fortaleza.» Estas razones, y el primer título que se había dado el andrajoso hidalgo me cautivaron de modo, que desde luego acepte con gusto los servicios del hijo de la Alhambra.

Entramos en un angosto y profundo barranco lleno de bosquecillos y cubierto de verdura. Atravesabale una avenida rápida, y cortabanle en todas direcciones varios senderos tortuosos, adornados de fuentes y bancos de piedra. A la izquierda se elevaban por encima de nuestras cabezas las torres de la Alhambra, y a la derecha, por la parte opuesta del barranco, nos dominaban otras no menos altas, edificadas sobre la peña viva: estas eran las Torres bermejas, llamadas así a causa de su color. Nadie conoce su origen, si bien se sabe que son mucho más antiguas que la Alhambra: algunos las suponen construidas por los romanos, y otros las creen obra de una colonia errante de los fenicios. Subiendo la sombría y rápida avenida, llegamos al pie de una torre cuadrada, que es la entrada principal de la fortaleza. Allí encontramos otro grupo de inválidos, uno de los cuales estaba de centinela bajo el arco de la puerta, en tanto que los demás dormían sobre los bancos de piedra, envueltos en sus capas. Llamase a esta la puerta del Juicio, porque durante la dominación de los moros se reunía bajo su pórtico el tribunal que juzgaba inmediatamente las causas de poca entidad. Esta costumbre, común a todo el oriente, se halla consignada en muchos pasajes de la Escritura.

El gran vestíbulo o pórtico lo forma un arco inmenso que se eleva casi hasta la mitad de la torre. Sobre la piedra fundamental de la bóveda exterior esta esculpida una mano gigantesca, y en la correspondiente de la parte interior se ve representada del mismo modo una enorme llave. Los que creen tener algún conocimiento de los símbolos mahometanos, dicen que la mano es el emblema de la doctrina, y la llave el de la fe; añadiendo que este último signo era el distintivo constante de los estandartes musulmanes cuando subyugaron la Andalucía. Mas el hijo legítimo de la Alhambra explicaba la cosa de otro modo.

Según Mateo, que se apoyaba en la autoridad de una tradición trasmitida de padres a hijos desde los primeros habitantes de la fortaleza, la mano y la llave eran figuras mágicas, y pendía de ellas la suerte de la Alhambra. El rey moro que hizo construir este edificio, mágico famoso, y que aun, según la opinión de muchos, había vendido su alma al diablo, puso la fortaleza bajo el influjo de un encanto, en fuerza del cual ha resistido siglos enteros a los asaltos y terremotos que han destruido la mayor parte de los edificios moriscos; y es fama común que el encanto conservara toda su virtud hasta el

momento en que la mano se baje de tal modo que llegue a tocar la llave, en cuyo acto se hundirá la Alhambra, y quedaran de manifiesto los tesoros de los reyes moros que están enterrados bajo sus moles.

Sin embargo de esta espantosa predicción, nosotros pasamos sin vacilar por bajo del arco encantado.

Desde allí, por un camino angosto y sinuoso practicado entre las murallas, subimos a una explanada interior, llamada la plaza de los Algibes, en razón de unos grandes depósitos de agua abiertos en la peña, y también hay un pozo inmenso que da un agua sobremanera fresca y cristalina. Estas obras prueban la exquisita voluptuosidad de los árabes, y lo mucho que apreciaban obtener este elemento en toda su pureza.

En frente de esta explanada se halla el palacio de Carlos V, que debía eclipsar según dicen a la antigua mansión de los reyes moros. Mas a despecho de su magnificencia y de una arquitectura que no carece de mérito, este monumento no parece otra cosa que un intruso orgulloso; y de ahí es que mi compañero y yo pasamos por delante sin detenernos, y nos dirigimos a la sencilla puerta por donde se penetra en el palacio antiguo.

La transición es casi mágica: creímonos trasportados de repente a otros parajes y a otro siglo, y que íbamos a presenciar las escenas que refiere la historia de los árabes. Nos hallamos en un gran patio pavimentado de mármol blanco, y decorado a sus ángulos con ligeros perístilos moriscos. Era el patio de la Alberca o del gran Vivero, y ocupaba su centro un estanque de ciento treinta pies de largo, lleno de peces y circuido de rosales.

Al extremo superior de este patio se halla la torre de Comares; pero nosotros, dirigiéndonos al lado opuesto, entramos por un pasadizo cubierto en el célebre patio de los Leones. Ninguna parte del edificio da una idea tan completa de su antigua magnificencia; porque ninguna ha sufrido menos los estragos del tiempo. Vese en el centro aquella fuente, tan famosa en la historia y en los cantos populares; las tazas de alabastro derraman de continuo una lluvia de líquidos diamantes, y los doce leones arrojan por las narices torrentes de agua cristalina lo mismo que en los días de Boabdil. El patio se halla cubierto de flores y rodeado de ligeros arcos, adornados de esculturas y filigranas de una labor tan delicada como el encaje, y sostenidos sobre delgadísimas columnas de mármol blanco. La arquitectura, lo mismo que la del resto del palacio, tiene mas elegancia que grandeza, y esta indicando un gusto blando y delicado, y cierta disposición a los placeres de la indolencia. Cuando se dirige la vista a aquellos pórticos aéreos con sus frágiles apoyos, que parecen obra de las hadas, apenas puede concebirse como el tiempo, los temblores de tierra, el abandono y la rapiña de los viajeros curiosos, no menos temible que la de los guerreros, ha perdonado una parte tan grande de este

monumento: estas reflexiones podrían casi hacer admitir la tradición que le supone protegido por un encanto. A un lado del patio, por una puerta ricamente adornada, se entra a una gran pieza embaldosada de mármol blanco, llamada la sala de las dos hermanas. Una cúpula abierta da paso al aire exterior, y deja penetrar una luz templada; la parte inferior de las paredes esta incrustada de hermosos azulejos moriscos, en los cuales se ven los escudos de armas de los reyes moros; la superior se halla revestida de aquel hermoso estuco inventado en Damasco, compuesto de grandes chapas vaciadas y unidas con tanto arte, que parece se hayan esculpido en el mismo sitio los elegantes relieves y caprichosos arabescos que en ellas se ven entrelazados con textos del Corán e inscripciones árabes. Los adornos de las paredes y de la cúpula están ricamente dorados, y sus intersticios revestidos de lapislázuli y otros colores hermosos y permanentes. A uno y otro lado de la sala están las alcobas destinadas a contener las otomanas o lechos orientales. Sobre un pórtico interior corre una galería que comunica con la vivienda de las mujeres; y todavía se ven allí las celosías por donde las lindas odaliscas del harem podían ver sin ser vistas las fiestas de la sala inferior.

Es imposible contemplar aquella antigua y privilegiada mansión de los árabes, aquel palacio donde las costumbres orientales desplegaron todo su esplendor y elegancia, sin que se renueven en la imaginación las antiguas escenas que se han leído en las novelas: casi espera uno ver la blanca mano de una princesa que hace señas desde un balcón, o bien unos ojos negros que lanzan miradas de fuego al través de una celosía. El asilo de la hermosura existe aun allí como si lo hubiesen habitado ayer; mas ¿que se han hecho las Zoraidas y Lindaraxas?

Al lado opuesto del patio de los Leones esta la sala de los Abencerrajes, llamada así en memoria de los valientes caballeros de aquella ilustre familia que fueron degollados en este sitio. No falta quien ponga en duda la verdad de esta historia en todos sus pormenores; pero nuestro humilde guía nos enseñó la portezuela por donde los hicieron entrar uno a uno, y la fuente de mármol blanco que existe en medio de la sala, en cuya taza cayeron sus cabezas; haciéndonos además observar en el pavimento ciertas manchas rojizas, las cuales nos dijo eran los rastros de su sangre, que jamás han podido borrarse; y persuadido de que le escuchábamos con fácil credulidad, añadió que algunas noches se percibía en el patio de los Leones un rumor sordo y confuso como el murmullo de una multitud, al que se unía de cuando en cuando un crujido semejante al estrepito de cadenas oído a cierta distancia. Es muy probable que estos ruidos provengan de las corrientes de agua que por diferentes cañerías pasan por bajo el piso para alimentar las fuentes; mas el hijo de la Alhambra los atribuía a las almas de los abencerrajes degollados, que vagan durante la noche por el teatro de su suplicio, e imploran la venganza divina sobre su asesino.

Del patio de los Leones volvimos atrás, y cruzando de nuevo el de la Alberca, llegamos a la torre de Comares, que lleva el nombre del arquitecto que la construyó. Es fuerte, solida, de atrevida elevación, y domina todo el edificio y el lado más escarpado de la colina, que baja rápidamente hasta la orilla del Darro. Por un cobertizo pasamos al salón inmenso que ocupa el interior de la torre, el cual era la sala de audiencia de los reyes de Granada, y se llama por esta razón la sala de los Embajadores. Todavía se descubren en el algunos vestigios de su antigua magnificencia: las paredes están adornadas de ricos arabescos de estuco; y en el techo, cimbrado de madera de cedro, que por la mucha elevación apenas se distingue, brillan los hermosos dorados y ricas tintas del pincel árabe. Por tres lados del salón hay ventanas abiertas en el inmenso espesor de las paredes, y desde sus balcones, que dan a las frondosas márgenes del Darro, y a las calles y conventos del Albaicín, se descubre a lo lejos la vega.

Bien pudiera yo describir prolijamente otras piezas elegantes como son el Tocador de la reina, que es un mirador abierto en lo más alto de una torre, adonde solía subir la sultana a respirar la brisa refrigerante de los montes, y gozar de la vista de aquel paraíso que rodea el palacio; el pequeño patio retirado o jardín de Lindaraxa con su fuente de alabastro, sus rosales y sus bosquecillos de mirtos y limoneros; y en fin, las salas y grutas de los baños, en donde la claridad y el calor del día quedan reducidos a una luz misteriosa y una temperatura suave; mas no quiero detenerme en dar una relación circunstanciada de estos objetos, porque mi idea en este momento se limita a introducir al lector en una mansión, que si quiere podrá recorrer conmigo durante todo el curso de esta obra, hasta irse familiarizando con sus localidades.

Diferentes acueductos de construcción árabe conducen de las montañas el agua que circula en abundancia por todo el palacio, llena los baños y los estanques, salta en medio de los salones y murmura bajo los enlosados de mármol. Cuando ha pagado su tributo a la mansión de los reyes y visitado sus prados y jardines, desciende en riachuelos y fuentes innumerables por los lados de la alameda que conduce a la ciudad, y mantiene en perpetua primavera los bosquecillos que embellecen y dan sombra a la colina de la Alhambra.

Se necesita haber habitado en los climas ardientes del mediodía para conocer todo el precio de un retiro, en donde los vientos frescos y suaves de los montes se unen a la frondosa verdura de los valles.

Entre tanto que la parte baja de la ciudad desfallece abrasada por los rayos de un sol devorador, y mientras la hermosa vega se mira agostada por un ardor sofocante, las frescas brisas de Sierra-Nevada juguetean en las altas salas de la Alhambra, difundiendo por todo su recinto los suaves aromas de los jardines

que la rodean. Todo convida allí a aquel reposo profundo que constituye el mayor recreo en los países meridionales; los medio cerrados ojos distinguen por entre los sombríos balcones el risueño paisaje, y se gozan en aquella vista deleitosa, hasta que halagados por el manso ruido de los árboles y el suave murmullo de las aguas, se quedan dulcemente dormidos.

Economía doméstica.

Tiempo es ya de dar alguna idea del método de vida que establecí en esta singular habitación. El palacio de la Alhambra esta al cuidado de una buena vieja llamada D.^a Antonia Molina; pero mas conocida con el nombre familiar de la tía Antonia. Esta procura tener en buen estado las salas y jardines, y enseñarlos a los curiosos; y en recompensa recibe los regalos de los viajeros y dispone de todo el producto de los jardines, excepto el tributo de frutas y flores que envía de cuando en cuando al gobernador. Esta buena mujer y su familia, compuesta de un sobrino y una sobrina, hijos de dos hermanos suyos, habitan un ángulo del palacio. El sobrino Manuel Molina, es un joven de carácter sólido y de una gravedad verdaderamente española. Después de haber servido algún tiempo en España y en América, dejó la carrera militar y se puso a estudiar medicina, con la esperanza de ser un día médico de la Alhambra, plaza que cuando menos vale tres mil reales al año. En cuanto a la sobrina es una andalucilla fresca y rolliza, de ojos negros y gesto risueño, que aunque se llama Dolores, desmiente con su alegre afabilidad la tristeza de este nombre. Esta joven es la heredera declarada de todos los bienes de su tía, que consisten en algunas bicocas de lo interior del fuerte, cuyo alquiler produce cerca de tres mil reales. Desde los primeros días de mi residencia en la Alhambra, ya descubrí yo que un amor discreto unía al prudente Manuel y a su vivaracha prima, los cuales solo esperaban para ver colmados sus votos la dispensa del Papa, precisa a causa del parentesco, y el título que debía dar al futuro el carácter de doctor.

Concerté con la señora Antonia todo lo relativo a mi habitación y asistencia, y quedo convenido que la gentil Dolores cuidaría de mi aposento y me serviría a la mesa. Tenía además a mis órdenes un muchacho alto, rojo y tartamudo llamado Pepe, que trabajaba de ordinario en el jardín, y que me hubiera servido de criado con la mejor voluntad, a no haberle ganado por la mano Mateo Giménez, el hijo de la Alhambra. Este despejado y oficioso personaje, sin saber cómo, había conseguido no separarse de mí desde nuestro primer encuentro; se entrometía en todos mis planes, y al fin logro ser admitido en debida forma como ayuda de cámara, Cicerone, guía y escudero-historiógrafo. Habíame sido preciso mejorar el estado de su guardarropa para

que no afrentase al amo en el desempeño de sus diversas funciones; y en consecuencia, bien como la serpiente deja la piel, había el dejado la vieja capa parda, y con no poca sorpresa de sus camaradas, se presentaba en la fortaleza con una chaqueta y un sombrero andaluz muy gracioso. El principal defecto de Mateo era un celo excesivo y un deseo inquieto de ser útil, con que llegaba a hacerse importuno. Como no dejaba de conocer que casi me había forzado a admitirle en mi servicio, y que mis costumbres sencillas y tranquilas hacían de su empleo un beneficio simple; daba tormento a su ingenio para hallar medios de hacerse necesario a mi bien estar interior. En cierto modo era yo víctima de su solicitud, porque no podía poner el pie en el umbral del palacio para salir a dar un paseo por la fortaleza, sin verle luego a mi lado para explicarme todo lo que se presentase, y si me resolvía recorrer las colinas inmediatas, se empeñaba en seguirme para servirme de guarda; bien que yo estoy íntimamente convencido de que en caso de algún ataque, antes hubiera apelado a la ligereza de los pies que a la fuerza de los brazos. Con todo eso el pobre mozo era algunas veces divertido: sencillo, siempre de buen humor, y parlanchín como un barbero de lugar, está al corriente de todos los chismes del pueblo; pero lo que le da más orgullo es el tesoro de noticias locales que posee. No existe en la fortaleza una sola torre, una puerta, una bóveda de la que no sepa una historia llena de prodigios, y creída por el cómo artículo de fe. La mayor parte de estas consejas las ha heredado de su abuelo, un sastrecillo hablantín y novelero, que habiendo vivido cerca de cien años, solo dejó dos veces el recinto de la fortaleza. Su tienda fue por más de un siglo el punto de reunión de un enjambre de venerables chuzonas, que pasaban allí una parte de la noche hablando de los tiempos antiguos, de los acontecimientos maravillosos y de los misterios del edificio. Toda la vida, las acciones, los pensamientos del sastrecillo historiador habían quedado encerrados en los muros de la Alhambra: aquellos muros le vieron nacer, crecer y envejecer; allí halló su existencia, allí murió y allí fue enterrado. Mas felizmente para la posteridad, sus tradiciones no murieron con él: el auténtico Mateo, cuando era mozalbete, escuchaba embelesado las narraciones de su abuelo y de las viejas que formaban su tertulia, y de este modo acumuló en su cabeza un tesoro de conocimientos verdaderamente preciosos sobre la Alhambra: conocimientos que no se hallan en ningún libro, y que en realidad son dignos de la atención de todo viajero curioso. Tales eran los personajes que contribuían a hacer cómoda y agradable mi vida doméstica de la Alhambra; y yo creo que ninguno de los soberanos cristianos o musulmanes que me precedieron en aquel palacio, fue servido con más fidelidad, ni gozo de un imperio más pacífico.

Luego que me levantaba, Pepe, el jardinero tartamudo, me traía flores acabadas de coger, y la diestra mano de Dolores, que no dejaba de tener cierto orgullo mujerial en la decoración de mi cuarto, las colocaba luego en jarros dispuestos al intento. Almorzaba y comía según el humor que reinaba, ya en

una de las salas, ya bajo los pórticos del patio de los Leones, rodeado de flores y de fuentes; y cuando deseaba correr la campiña, mi infatigable escudero me acompañaba a los parajes mas pintorescos de los montes o valles inmediatos, refiriéndome en cada uno de estos puntos alguna aventura maravillosa de que había sido teatro. No obstante mi afición a la soledad, solía interrumpir la uniformidad de la mía, pasando algunos ratos con la familia de Doña Antonia, que se reunía de ordinario en una antigua cámara morisca que servía de cocina y de salón. A un extremo de la pieza estaba una chimenea groseramente construida, cuyo humo había tiznado las paredes, y borrado casi del todo los arabescos; al otro había un balcón que caía a la orilla del Darro, y daba libre entrada a la fresca brisa de la noche. Allí pues hacía yo mi frugal cena, compuesta de frutas y leche, entreteniéndome al mismo tiempo con la conversación de aquellas buenas gentes. Nunca deja de hallarse entre los españoles lo que ellos llaman ingenio natural; y de ahí es que cualquiera que sea su educación y su clase, siempre su conversación es interesante y agradable; a lo cual debe añadirse, que merced a cierta dignidad inherente al carácter, nunca son bajos sus modales. La buena tía Antonia es una mujer de no menos ingenio que juicio, aunque sin ninguna especie de cultura; y la graciosa Dolores, que en todo el discurso de su vida no había leído cuatro volúmenes, ofrecía una reunión interesante de sencillez y agudeza, y muchas veces me dejaba admirado con sus discretas ocurrencias. Algunas noches el sobrino, con el conocido objeto de instruir y agradar a su primita, nos leía una comedia de Calderon o Lope de Vega; mas con grande mortificación suya, la muchacha solía quedarse dormida antes de concluirse el primer acto. De cuando en cuando recibía la tía Antonia a sus humildes amigos y dependientes las mujeres de los inválidos y los habitantes de la aldea, todos los cuales miraban con el mayor respeto a la intendenta del palacio, la hacían la corte, y la participaban las noticias de la fortaleza y las novedades que corrían por Granada, cuando llegaban por casualidad a sus oídos. En estos corrillos de viejas he aprendido yo muchas veces hechos curiosos, que me han ilustrado mucho sobre las costumbres del pueblo español, instruyéndome en ciertas particularidades muy interesantes de los usos locales. Que se me perdone pues la relación de estas sencillas diversiones, que tal vez parecerá insignificante a los que no conocen el embeleso que las daban a mis ojos los sitios en donde pasaban. Hallabame en un suelo encantado y rodeado de recuerdos románticos. Salido apenas de la infancia, recorrí en las riberas del Hudson una antigua historia de las guerras de Granada, y esta ciudad se hizo el objeto de mis dulces delirios. Desde aquel momento mi imaginación me había transportado mil veces a los salones de la Alhambra, y al verme ahora en ellos, bastaba apenas el testimonio de mis sentidos a persuadirme que se hubiese realizado para mí un verdadero castillo en España. ¿Me hallo efectivamente, decía, en el palacio de Boabdil? ¿Es aquella Granada tan celebre en los fastos

de la caballería, la que distingo desde este elevado balcón? Sí, no es ilusión: recorro a mi placer estos salones orientales, oigo el murmullo de las fuentes, respiro la fragancia de las rosas, cedo a la influencia de esta atmosfera embalsamada, y casi me persuado que me hallo en el paraíso de Mahoma, y que la tierna y graciosa Dolores es una de las hurís de brillantes ojos, destinadas a hacer la felicidad de los verdaderos creyentes.

Tradiciones locales.

El pueblo español tiene una pasión oriental a los cuentos, y señaladamente a los que refieren acontecimientos maravillosos. Es muy común en España el ver a las gentes vulgares reunidas en un corro a la puerta de sus cabañas, o bajo las inmensas campanas de las chimeneas de las ventas, escuchando embelesadas las leyendas en que se trata de las peligrosas aventuras de los viajeros, o de las refriegas de los ladrones y contrabandistas. Pero los temas favoritos de estas historias son los tesoros escondidos por los moros: al atravesar aquellas montañas desiertas, teatro otro tiempo de tantos combates gloriosos, no encuentra el viajero una sola atalaya puesta sobre un pico elevado en medio de las rocas, o dominando un lugarejo que parece abierto a pico en la peña, sin que el mozo que le acompaña no se quite el cigarro de la boca para referirle alguna conseja de las monedas árabes que están enterradas bajo sus cimientos. Ni se halla tampoco un solo alcázar en las ciudades que no tenga también su historia dorada, trasmitida entre los pobres del pueblo de generación en generación.

Estas tradiciones, como la mayor parte de las fabulas populares, deben su origen a algunos hechos verdaderos. Durante las guerras de moros y cristianos, que afligieron por tanto tiempo el país, los castillos y las ciudades mudaban de dueño con gran frecuencia, y sus habitantes cuando se veían sitiados, solían enterrar sus alhajas y dinero en las cuevas y en los pozos, como se practica aun en las naciones guerreras del oriente. En la época de la expulsión de los moros, muchos de ellos escondieron los efectos mas preciosos que poseían, con la esperanza de regresar muy pronto a su tierra natal y recobrar su tesoro. Ello es cierto que algunas veces cavando entre las ruinas, o en las inmediaciones de las casas o palacios moriscos, se han hallado arcas llenas de monedas de oro y de plata, que vuelven a ver la luz después de haber estado enterradas por espacio de muchos años; y basta un corto número de estos hechos para dar lugar a mil fabulas.

Estas historias se presentan con aquella reunión de gótico y oriental, que en mi concepto caracteriza todos los usos y rasgos esenciales de las costumbres

de España, señaladamente en las provincias meridionales: el tesoro escondido esta siempre protegido por un encanto; unas veces le defiende un horrible dragón, otras le guardan unos moros encantados, que al cabo de siglos permanecen aun armados de punta en blanco, con la espada desnuda e inmóviles como unas estatuas, en el sitio donde fueron enterradas sus riquezas.

Es muy natural que la Alhambra, en razón de las circunstancias particulares de su historia, preste materia mas amplia a estas ficciones que ninguno de los otros lugares celebres en las crónicas; y algunos vestigios encontrados de tarde en tarde entre sus ruinas, han acreditado las maravillosas tradiciones que sobre ellos andan esparcidas. En una ocasión se desenterró una olla llena de oro, y el esqueleto de un gallo; y los mas inteligentes en estas materias, opinaron que esta ave había sido enterrada viva. En otro tiempo se descubrió una caja, y dentro de ella se halló un grande escarabajo cubierto de inscripciones árabes, que se creyó fuesen palabras mágicas de gran virtud. En una palabra, los ingenios mas aventajados de la población andrajosa de la Alhambra, se han devanado los sesos hasta lograr que no hubiese en esta antigua fortaleza una torre, una sala, ni una bóveda sin su correspondiente historia prodigiosa. Creo que los capítulos anteriores habrán familiarizado ya a mis lectores con las localidades de este palacio, y así voy a engolfarme atrevidamente en sus pasmosas leyendas, que me ha sido preciso restaurar enteramente, reuniendo los fragmentos que me fueron contados en diferentes épocas y por distintas personas; bien así como un sabio anticuario suele formar un documento histórico con algunas letras sueltas de una inscripción medio borrada por el tiempo.

Si el lector encontrase en mis relaciones alguna cosa increíble, tenga la bondad de considerar que el sitio en que me hallo no puede gobernarse por las leyes de la probabilidad que rigen en las escenas de la vida común. El suelo que piso esta encantado, y los acontecimientos mas triviales reciben en él un aspecto sobrenatural y maravilloso.

La Casa del Gallo.

En la cumbre de la alta colina del Albaicin, que es el barrio más elevado de Granada, se ven los restos de un castillo levantado poco después de la conquista de España por los árabes. Al presente esta transformado en una fábrica, y ha caído en tal olvido, que a pesar del auxilio que me prestaba el sapientísimo Mateo, me costó gran trabajo el descubrirle. Este edificio conserva aun el nombre con que fue conocido por espacio de algunos siglos; esto es, el de casa del Gallo de viento. Se llamó así por tener en la parte

superior una figura de bronce que giraba a modo de veleta a todos vientos, y representaba un guerrero a caballo, armado de lanza y adarga, con dos versos árabes, que dicen así traducidos al castellano:

Dice el sabio Aben-Habuz

Que así se defiende el andaluz.

Este Aben-Habuz, según las crónicas árabes, fue uno de los capitanes de Tarik, quien le nombro alcaide de Granada; y es probable que hiciese erigir dicha efigie guerrera, para recordar a los habitantes musulmanes del país, que hallándose como se hallaban rodeados de enemigos, su seguridad exigía que estuviesen a toda hora prontos a combatir.

Sin embargo, las tradiciones populares explican de otro modo lo que concierne a Aben-Habuz y su palacio, y nos enseñan que el guerrero de bronce fue en su origen un talismán que tenía oculta una gran virtud; mas que con el tiempo ha perdido su poder mágico, quedando reducido a una simple veleta.

Estas tradiciones son las que me he propuesto dejar consignadas en el capítulo siguiente.

Leyenda del Astrologo Arabe.

En cierto tiempo, hace muchos siglos, reinaba en Granada un rey moro llamado Aben-Habuz, el cual era un conquistador retirado de los negocios; esto es, un hombre que después de haber llevado en su juventud una vida de hostilidades y rapiñas continuas, cuando se vio viejo y débil, ya no deseo otra cosa sino vivir en paz con todo el mundo, poner a cubierto sus laureles, y gozar tranquilamente de los estados que había usurpado a sus vecinos.

Sucedió sin embargo, que este monarca tan razonable y pacífico, tuvo que medir sus fuerzas con algunos rivales jóvenes, que hallándose con todo el fuego de su pasión a la gloria y a los combates, estaban decididos a pedirle cuentas de lo que había usurpado a sus padres. Algunos puntos distantes de su territorio, que en los días de su mocedad no se atrevían a rebullirse bajo su mano de hierro, trataron también de alborotarse ahora que aspiraba al descanso, llegando a amenazar a la capital. De modo que el desventurado Aben-Habuz, atacado en lo interior y en lo exterior, vivía en continuo sobresalto en medio de las montañas que rodean a Granada, sin saber por que parte romperían las hostilidades.

En vano levanto atalayas en los montes, en vano hizo guardar todos los pasos por tropas estacionarias, que tenían orden de anunciar la proximidad de

los enemigos con fuegos por la noche y ahumadas durante el día: las había con enemigos mas activos y vigilantes que él, y que a pesar de todas sus precauciones hallaban siempre medios de penetrar en sus tierras por algún desfiladero, talaban el país y se llevaban consigo muchos prisioneros. ¿Se vio nunca un conquistador retirado y pacífico mas atormentado que el pobre Aben-Habuz? Hallabase en tan triste situación, abrumabanle las tribulaciones que por todas partes le rodeaban, cuando se presentó en su corte un médico árabe. Bajabale hasta la cintura una barba blanca y poblada, y todo su aspecto anunciaba una extrema vejez; mas no por esto había dejado de hacer el viaje a Egipto, a pie y sin mas ayuda que el apoyo de un bastón en el que estaban grabados algunos jeroglíficos. Habíale precedido su celebridad: llamabase Ibrahim Eben Abou Agib, creíasele nacido en tiempo de Mahoma, y se decía que su padre Abou Agib había sido el último compañero de este profeta. El Eben Abou Agib de que ahora hablamos, habiendo seguido en su juventud el ejército victorioso de Amrou en Egipto, fijo su residencia en este país, en donde permaneció muchos años con el objeto de estudiar las ciencias abstractas, y particularmente la magia con aquellos sacerdotes. Decíase además que poseía el secreto de prolongar la vida, y que por su medio había cumplido ya mas de dos siglos: la lastima era que había descubierto el secreto siendo ya muy viejo, y solo había podido perpetuar sus rugas y sus canas.

Este famoso anciano fue honrosamente acogido por el rey, que como la mayor parte de los monarcas viejos, empezaba ya a manifestar una afición decidida a los médicos y a los astrólogos. Quiso hospedar a este en su palacio; mas el sabio moro prefirió para su habitación una caverna de la colina que dominaba a Granada, que fue precisamente la misma en donde mas adelante se edificó la Alhambra. La hizo ensanchar, convirtiéndola en una vasta sala, y practico en el techo una abertura circular, que comunicando con el exterior, facilitaba el que pudiesen verse las estrellas al lleno del día, bien así como se ven desde el fondo de un pozo. Las paredes de la sala estaban cubiertas de jeroglíficos egipcios, signos cabalísticos, y figuras de las estrellas y constelaciones, y además toda la caverna estaba llena de instrumentos que fabricaron bajo la dirección del sabio los artistas mas inteligentes de Granada; mas estos instrumentos tenían cualidades ocultas que solo Ibrahim conocía.

En poco tiempo logro este ser el consejero íntimo del rey, el cual no hacía nada sin consultarle. Cierta día, hallándose Aben-Habuz con su confidente, se lamentaba lleno de dolor de la injusticia de sus vecinos, y de la continua vigilancia que tenía precisión de observar para estorbar sus invasiones. Cuando hubo acabado de lastimarse, le miro el astrologo en silencio por algunos momentos, y tras esto le dirigió en corta diferencia estas palabras: «Sabe, o rey, que cuando yo estuve en Egipto vi una gran maravilla, que era obra de una princesa pagana de los tiempos antiguos. Sobre una montaña que domina una ciudad considerable, situada a la orilla del Nilo, se veía la figura

de un carnero de bronce, y encima de este estaba un gallo del mismo metal; todo ello giraba sobre un quicio, y cuantas veces se veía el país amenazado de alguna invasión, se volvía el carnero hacía la parte por donde venía el enemigo, y cantaba el gallo; lo cual advertía a los habitantes de la ciudad del peligro en que se hallaban, indicándoles al mismo tiempo el punto hacía donde debían dirigir su defensa.

—¡Gran Dios! exclamó el pacífico Aben-Habuz, ¡que tesoro sería para mí un carnero semejante, que sin cesar tuviese la vista fija en las montañas que me rodean, y un gallo que me advirtiese en caso de peligro! ¡Allah Akbar! ¡Cuánto más tranquilo dormiría yo si velasen tales centinelas en lo alto de mi palacio!»

El astrologo dejó pasar los primeros trasportes del rey, y continuo así:

«Después que el victorioso Amrou (¡téngale Allah en descanso!) hubo acabado la conquista de Egipto, me quede yo entre los antiguos sacerdotes de este país, con los cuales estudie los ritos y ceremonias de su idolatría, procurando principalmente penetrar los conocimientos ocultos que les han dado tanta celebridad. Estando un día en conversación con un sacerdote anciano, sentados ambos a la orilla del Nilo, me señaló con el dedo las enormes pirámides que se levantaban como unos montes en medio del desierto, y me dijo al mismo tiempo estas palabras: «Todo lo que yo puedo enseñarte no es nada en comparación de los conocimientos que esas masas gigantescas encierran. En el centro de la pirámide del medio se halla una cámara sepulcral y en donde reposa la momia del gran sacerdote que ayudo a edificar ese enorme edificio, y con él está enterrado también un libro maravilloso, que contiene todos los secretos del arte mágica. Este libro lo poseyó Adan antes de su caída, y paso de padres a hijos hasta el sabio rey Salomón, a quien fue de gran provecho para la construcción del templo de Jerusalén; mas el modo como llego después al arquitecto de las pirámides, aquel que nada ignora podrá solo decirlo.»

«Luego que oí estas palabras del sacerdote egipcio ardió mi corazón en deseos de poseer el libro; y como podía disponer de una parte del ejército victorioso, agregue a ella cierto número de egipcios, y con su auxilio acometí la empresa de penetrar en la sólida masa de la pirámide. Después de largos trabajos logre descubrir uno de los tránsitos secretos del edificio; le seguí, y arrastrándome al través de un laberinto lóbrego y espantoso, me introduje en la cámara sepulcral del centro, en donde reposaba hacía muchos siglos la momia del gran sacerdote. Rasgue sus vestiduras exteriores, y desatando las vendas que ceñían el cadáver, halle al fin el precioso volumen. Cogíle con mano trémula, y salí presuroso de la pirámide, dejando a la momia del gran sacerdote esperando el último día en el silencio y la oscuridad de su sepulcro.

—¡Hijo de Abou Agib! exclamó Aben-Habuz, eres ciertamente un gran viajero, y has visto cosas maravillosas; ¿mas que tengo yo que ver con el secreto de la pirámide, ni con el libro de la ciencia del sabio Salomón?

—Vas a saberlo, o rey. Con el estudio constante de este libro me he instruido en todos los secretos de la magia, y puedo mandar a los genios que me ayuden en la ejecución de mis planes. Conozco el misterio del talismán de Bursa, y puedo construir otro semejante y darle todavía mas fuerza.

—¡O sabio hijo de Abou Agib! dijo Aben Habuz enajenado de alegría; semejante talismán vale mas que las centinelas que tengo en la frontera y las atalayas de los montes. Dame luego esa feliz salvaguardia, y toma todas las riquezas de mi tesoro.»

El astrologo puso luego manos a la obra para satisfacer los deseos del viejo monarca. Al efecto hizo construir una altísima torre en lo mas elevado del palacio, frente la colina del Albaicin; y es fama que las piedras que sirvieron para su construcción fueron sacadas de una de las pirámides de Egipto. La parte superior de la torre la ocupaba una sala de figura circular, con ventanas que caían a todos los puntos del horizonte; delante de cada una de estas ventanas había una mesa, y sobre ella, a manera de un juego de ajedrez, estaba colocado un pequeño ejército, compuesto de infantería y caballería con su rey a la cabeza, labrado todo en madera. Junto a cada mesa se veía además una lanza del tamaño de un punzón, en la cual estaban grabados ciertos caracteres caldeos. La rotunda estaba siempre cerrada con una puerta de bronce y una reja de acero, cuya llave guardaba el rey. En lo mas alto de la torre había sobre un quicio una figura de bronce, que representaba un guerrero moro con una adarga en la una mano y una lanza en la otra: tenia la cara vuelta hacía la parte de la ciudad, en actitud de velar sobre ella; mas en el momento en que se acercaba algún enemigo, se volvía hacía el punto amenazado, enristrando al mismo tiempo la lanza.

Concluido que estuvo el talismán, impaciente Aben-Habuz de experimentar su eficacia, deseaba una invasión tanto como antes la había temido. No tardaron a cumplirse sus deseos: acababa de amanecer una mañana, cuando el centinela de la torre aviso al rey que el guerrero de bronce estaba vuelto hacía la parte de Elvira, y su lanza apuntaba en línea recta al paso de Lope.

«Corre pues, dijo el rey, que los tambores y trompetas toquen inmediatamente al arma, y acuda a la defensa toda Granada.

—O rey, dijo el astrologo, deja descansar a tus guerreros, que no es necesaria la fuerza para librarte de los enemigos. Manda que se retiren tus criados, y subamos solos a la pieza secreta de la torre.»

El anciano Aben-Habuz subió la escalera de la torre, apoyado en el brazo

de Ibrahim Eben Abou Agib, que aun era mas viejo, y abriendo la puerta de bronce se entraron ambos en la rotunda, en donde encontraron abierta la ventana que miraba al paso de Lope. «Por este lado, dijo el astrologo, viene el peligro; acércate, o rey, y contempla las maravillas de la mesa.»

Llegose Aben-Habuz al tablero en donde estaban colocadas las figuritas de madera, y advirtió con gran sorpresa que todas estaban en movimiento. Los caballos caracoleaban y batian el suelo con los pies, los guerreros blandian las lanzas, y oíase como en miniatura el sonido de las trompetas y tambores, el crugido de las armas y el relincho de los corceles; mas todo esto no producía sino un ruido muy débil, semejante al zumbido de una abeja.

«Ves aquí, o gran rey, dijo el astrologo, la prueba de que tus enemigos están en campaña y deben venir por el paso de Lope. ¿Quieres introducir la confusión en sus filas por medio de un terror pánico, y forzarlos a que se retiren sin efusión de sangre? no tienes mas que herir esas figuras con el asta de la lanza mágica; mas si por el contrario quieres sangre, tócalas con la punta.»

El semblante del pacífico Aben-Habuz se cubrió por un momento de un colorido cárdeno, y el movimiento de su cana y poblada barba descubría el trasporte que agitaba todos los músculos de su rostro: tomo con mano trémula la lanza y se acercó a la mesa. «Hijo de Abou Agib, dijo, creo que se verterá una poca sangre.»

Dichas estas palabras hirió con la punta de la lanza algunas de aquellas figuras mágicas, y toco las otras con el cuento. Los primeros guerreros cayeron al momento muertos sobre el tablero, y los demás revolviéndose unos contra otros, trabaron confundidos un combate, cuyos resultados eran en corta diferencia iguales para unos y otros.

No costo poco trabajo al astrologo el contener la mano del monarca mas pacífico, para impedirle que exterminase hasta el último de sus enemigos; mas al fin consiguió hacerle bajar de la torre para enviar espías a los montes por el paso de Lope.

Regresados estos, refirieron al rey que un ejército cristiano, cruzando la sierra, había llegado casi hasta las puertas de Granada; mas que de repente, suscitándose entre ellos una quimera, habían vuelto sus armas unos contra otros, y después de un combate muy encarnizado, se habían retirado a sus fronteras.

El buen Aben-Habuz no cabía en sí de contento al ver tan cumplidamente acreditada la eficacia de su talismán. «Ya en fin, decía, voy a pasar una vida tranquila, pues que tengo en mis manos la suerte de mis enemigos. Sabio hijo de Abou Agib, ¿qué recompensa poder ofrecerte por tan señalado beneficio?

—Las necesidades de un anciano y un filósofo son muy simples y reducidas: proporcionadme, o rey, los medios para convertir mi caverna en un retiro habitable, nada más deseo.

—He aquí la modestia del verdadero sabio,» exclamó Aben-Habuz interiormente, muy satisfecho de lo moderado de la petición; y llamando a su tesorero, le mando que entregase a Ibrahim todas las sumas que le pidiese, ora para acabar de construir su retiro, ora para amueblarle.

El astrologo hizo abrir en la peña muchas piezas que formaron una habitación contigua a su salón mágico; luego las amueblo con ricos canapés y soberbias camas, y cubrió las paredes de hermosas colgaduras de damasco. «Soy viejo, decía; mis huesos no pueden ya descansar sobre un lecho de piedra; estas paredes son húmedas y es preciso vestirlas.»

Dispuso también se construyesen unos baños, provistos de toda especie de perfumes y aceites aromáticos. «Porque los baños, decía, son necesarios para combatir la extenuación de la edad, y restituir la morbidez y la frescura a un cuerpo fatigado por el estudio.»

Hizo colgar en todo el edificio una multitud prodigiosa de lámparas de plata y cristal, en las cuales ardía un aceite odorífero, cuya receta había encontrado en los sepulcros egipcios, el cual tenía la propiedad de arder sin consumirse, y despedía un apacible resplandor. «La luz del sol, decía el astrologo, es demasiado viva y fuerte para los cansados ojos de un pobre viejo; la de la lámpara es la que conviene para los estudios de un filósofo.»

Entre tanto el tesorero de Aben-Habuz iba ya regañando al entregar las sumas, que cada día se le pedían para acabar el retiro, hasta que al fin dirigió sus quejas al rey.

«Está empeñada mi palabra real, dijo Aben-Habuz encogiéndose de hombros, y no hay sino prestar paciencia. Ese viejo quiere imitar en su retiro filosófico lo que vio en lo interior de las pirámides y en los vastos edificios de Egipto; mas todas las cosas tienen un término, y el mueblaje de la caverna tendrá sin duda el suyo.»

No se engañaba el rey; por fin se concluyó el retiro, y quedo formado un palacio subterráneo de inaudita magnificencia.

«Ya estoy contento, dijo Ibrahim Eben Abou Agib al tesorero; ahora voy a encerrarme en mi celda y a consagrar todo mi tiempo al estudio. Nada deseo ya sino una friolera; una pequeña distracción para llenar los intervalos de mis tareas abstractas.

—O sabio Ibrahim, pide lo que quieras, que tengo orden de proveerte de todo lo que necesites en tu soledad.

—Pues entonces, dijo el filósofo, no me desagradaría el tener conmigo algunas bailarinas.

—¡Bailarinas! exclamó sorprendido el tesorero.

—Sí, bailarinas, repitió gravemente el sabio; pero con pocas habrá bastante, porque yo soy un viejo y un filósofo: mis costumbres son muy sencillas y se contentarme con poco; solo os encargo que sean jóvenes y graciosas, porque la vista de la juventud y la hermosura alegre y reanima la vejez.»

Mientras el filósofo Ibrahim Eben Abou Agib pasaba sabiamente su vida del modo que se ha dicho en su solitario retiro, el pacífico Aben-Habuz hacía gloriosas campañas en efigie en la rotunda de su torre. A la verdad para un rey de sus años y de su humor era una cosa muy cómoda y agradable aquel talismán, por cuyo medio, al mismo tiempo que se divertía a sus solas, podía derrotar poderosos ejércitos, ni mas ni menos que si fueran enjambres de moscas.

Gozo por algún tiempo de este placer, y aun algunas veces solía insultar a sus enemigos, sin mas objeto que el de inducirlos a que le atacasen; mas habiéndolos hecho prudentes sus repetidas desgracias, ninguno de ellos se atrevió ya a invadir el territorio de Aben-Habuz. Por espacio de muchos meses permaneció la figura de bronce bajo el pie de paz con su lanza perpendicular, y el buen rey empezaba ya a echar menos la acostumbrada diversión, y a fastidiarse en gran manera de su monótona tranquilidad.

Al fin llegó un día en que el guerrero mágico giro súbitamente sobre su eje, y puso la lanza en ristre con dirección a los montes de Cádiz. Inmediatamente subió Aben-Habuz a la torre; pero quedó sorprendido al no ver ningún movimiento en el tablero que estaba colocado en la dirección indicada por el talismán: ni uno solo de los pequeños guerreros se movía. Inquieto el rey con esta novedad, envió a los montes una compañía de caballos, con orden de reconocerlos y darle cuenta de lo que descubriesen. Tres días estuvieron ausentes los soldados, y cuando volvieron al cabo de este tiempo, dijeron a su señor:

«Hemos recorrido todos los desfiladeros de los montes, y no hemos descubierto picas ni capacetes: lo único que hemos hallado en nuestra expedición es una joven cristiana de peregrina hermosura, que estaba durmiendo junto a una fuente, y nos la hemos traído cautiva.

—¡Una joven de peregrina hermosura! exclamó Aben-Habuz, brillando en sus ojos la alegría; que la traigan luego a mi presencia.»

Llevaron con efecto ante el viejo rey a la hermosa doncella, en cuyo traje se veía todo el lujo que distinguía a los godos españoles en la época de la

invasión de los sarracenos. Las negras trenzas de sus cabellos estaban entretejidas con rastras de finísimas perlas; los diamantes que brillaban en su frente rivalizaban con la hermosura de sus ojos, y de la cadena de oro que pendía de su cuello colgaba hasta el lado izquierdo una lira de plata.

El fuego que lanzaban sus negros y brillantes ojos cayó a manera de rayo sobre el corazón de Aben-Habuz, que a pesar de su vejez, todavía era combustible, y estaba contemplando con éxtasis el esbelto y gracioso talle de la joven.

«¡O la mas hermosa de las mujeres! exclamó; ¿quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Soy hija de uno de los príncipes godos, a quienes obedecía hace poco este país. Los ejércitos de mi padre han quedado destruidos como por encanto en esas montañas: él ha sido desterrado de su suelo natal, y su triste hija se halla ahora cautiva.

—¡Guarda, o rey! dijo en voz baja Ibrahim, esa joven podría muy bien ser una de aquellas magas del norte, que toman las formas mas seductoras para coger en sus lazos a los imprudentes que se fían de ellas. Yo creo leer la hechicería en sus ojos y en todos sus movimientos; no lo dudes, este es el enemigo que señalaba el talismán.

—Hijo de Abou Agib, contesto el rey, tú eres un gran filósofo, y a más a mas un gran mágico, yo lo concedo; pero no sabes una palabra de lo que concierne a las mujeres. Sobre este punto no cedo en conocimientos a nadie del mundo, incluso el mismo Salomón a pesar del prodigioso número de sus mujeres y concubinas. En cuanto a esta joven, yo no veo en sus ojos nada de espantoso, y toda su persona agrada singularmente a los míos.

—O rey, replico el astrologo, escúchame: yo te he procurado con mi talismán un sinnúmero de victorias, sin haber tenido jamás la menor parte en los despojos de los vencidos. Concedeme pues esta cautiva para que amenice con su lira mi soledad; que si es en efecto maga, yo tengo conmigo contrahechizos que harán ilusorias sus artes.

—¿Aun necesitas otra mujer? contesto ya amostazado Aben-Habuz, ¿no te bastan las bailarinas para amenizar como dices tú soledad?

—Sí, tengo bailarinas; pero no tengo cantoras, y me convendría un poco de música para descansar y reanimar mi espíritu cuando se halla fatigado por el estudio.

—Basta ya de peticiones para el retiro, dijo el rey encolerizado; esta doncella está destinada a consolar mi vejez en el harem.»

Nuevas pretensiones y nuevos argumentos de parte del astrologo, solo

servieron para provocar una negativa mas decisiva de la del monarca; con lo que se separaron llenos uno y otro de despecho. El sabio se encerró en su soledad para digerir allí el desaire; mas antes de retirarse, volvió a decir al rey que no se fiase de la peligrosa cautiva. ¿Pero qué viejo enamorado dio jamás oídos a semejantes consejos? Aben-Habuz soltó las riendas a la pasión que le dominaba, y puso todo su estudio en hacerse amable a los ojos de la bella cristiana. A la verdad no podía agradarla por su juventud; mas era rico, y los amantes viejos son de ordinario muy generosos. El Zacatin de Granada fue despojado de sus mas preciosas mercaderías: las ricas telas de seda, los diamantes, los perfumes, cuanto ofrecían de mas raro y costoso el África y el Asia era prodigado a la princesa. Inventabanse para divertirla toda suerte de espectáculos y de fiestas: torneos, conciertos, bailes, corridas de toros; Granada en fin se había convertido en la mansión de los placeres. La princesa goda lo miraba todo como persona acostumbrada a la magnificencia, y recibía los obsequios y los presentes del rey como unos tributos debidos a su rango, o mas bien a su belleza: que el orgullo de la hermosura es aún mayor que el de la nobleza. Sentía un placer secreto en empeñar al fascinado monarca en unos gastos que agotaban su tesoro, mirando su extravagante profusión como una cosa muy sencilla; mas a pesar de sus atenciones y generosidad, el venerable amante no podía envanecerse de haber hecho la menor impresión en el corazón de la cautiva; porque si bien es cierto que no le recibía jamás con semblante adusto, no lo es menos que nunca le concedía una sonrisa. Apenas empezaba a hablarle de su amor, hacía ella resonar las cuerdas de su lira, y este sonido tenia tal encanto, que luego que llegaba a los oídos de Aben-Habuz, caía el pobre viejo en un sueño profundo, del que salía luego fresco, alegre y momentáneamente libre de su pasión. El efecto de esta música no podía ser peor para el éxito de su galantería; mas como en estos instantes de adormecimiento, estaban sus sentidos embelesados con sueños agradables, siguió soñando de este modo al lado de su hermosa, al mismo tiempo que toda Granada se mofaba de su infatuación, y murmuraba sin rebozo al verle prodigar sus tesoros a cambio de canciones.

Entre tanto amenazaba a Aben-Habuz un peligro, sobre el que no podía darle ningún aviso su talismán. Estallo una insurrección en la capital, y el populacho armado cerco el palacio, pidiendo a gritos su cabeza y la de la cristiana. Encendiose en el corazón del rey una chispa de su antiguo valor; salió a la cabeza de unos cuantos de sus guardias, puso en fuga a los rebeldes, y el alboroto quedo sofocado en su origen.

Restablecida la tranquilidad, se fue a ver al astrologo, que devorado por el despecho, estaba encerrado en su retiro, y alimentaba contra el rey el mas amargo resentimiento.

Llegose a él Aben-Habuz, y le dijo con semblante franco y amistoso:

«Sabio hijo de Abou Agib, razón tenías cuando me anunciaste que la hermosa cautiva atraería sobre mí muchos peligros; mas ya que eres tan profundo en la ciencia de anunciar los males, dime ahora que es lo que debo hacer para evitarlos.

—Separar de tu lado a la infiel que los causa.

—¡Antes perder el reino! dijo con resolución Aben-Habuz.

—Te arriesgas a perder uno y otro, replico el astrologo.

—No seas tan áspero y desconfiado, ¡o el mas profundo de los filósofos! Conduete de la doble desgracia de un monarca y un amante, y busca algún medio de libertarme de los peligros que me amenazan. Nada me importa ya el poder ni la grandeza, solo suspiro por la tranquilidad. ¿No me seria dado hallar algún asilo, en donde lejos del mundo, de sus pompas y de su bullicio, consagrarse el resto de mis días al reposo y al amor?»

El astrologo le miro por algunos momentos frunciendo las pobladas cejas.

«¿Y qué me darías, le dijo en fin, si te procurase un retiro semejante?

—Tú mismo señalarías la recompensa, y si estaba en mi mano concedértela, te aseguro sobre mi palabra que podías mirarla como tuya.

—¿Has oído hablar, o rey, del jardín de Hiram, uno de los prodigios de la Arabia Feliz?

—Sí, el Alcorán habla de ese jardín en el capítulo titulado la Aurora del día. Además he oído referir muchas cosas maravillosas a los peregrinos de la Meca; pero siempre creí que eran cuentos de viajeros.

—No desprecies, o rey, las relaciones de los viajeros, replico con semblante grave el astrologo; porque en ellas se encierran raros conocimientos, trasportados de un extremo a otro de la tierra. En cuanto al palacio y jardín de Hiram, en general es cierto lo que refieren.... yo he visto uno y otro por mis propios ojos.... Escucha bien lo que voy a referirte, porque mi aventura tiene relaciones muy íntimas con el objeto de tu pretensión.

«En mis primeros años, cuando yo no era mas que un simple árabe del desierto, guardaba los camellos de mi padre. Atravesando un día el desierto de Edén se descarrió uno de ellos, y yo le busque en vano por espacio de muchos días: extenuado en fin de fatiga a la hora en que se halla el sol en el meridiano, me quede dormido bajo una palma, al lado de un pozo que estaba casi seco. Al despertarme me encontré a la puerta de una ciudad, y habiendo entrado en ella vi unas calles hermosas, plazas y mercados espaciosos; mas todo estaba silencioso como la tumba: la ciudad parecía inhabitada. Anduve, errando por todas partes, hasta que descubrí un palacio situado en medio de un jardín adornado de fuentes, estanques, bosquecillos llenos de flores y árboles

frondosos cargados de frutos. Sin embargo, ningún viviente se mostraba aun en aquel lugar de delicias. Espantado de tanta soledad, salí apresuradamente del palacio y de la ciudad, y habiéndome alejado algunos pasos, me volví para contemplarla; pero ya no vi nada, sino el desierto que se extendía hasta perderse de vista.

«Poco después encontré a un viejo derbis muy versado en los secretos y tradiciones del país, a quien referí mi aventura. «Lo que has visto, me dijo, es el célebre jardín de Hiram, una de las maravillas del desierto, el cual aparece de cuando en cuando a los viajeros extraviados como tú, los divierte con la vista de sus torres, jardines y arboles cargados de frutos, y se desvanece al momento, dejando en su lugar una inmensa y árida soledad. En los tiempos antiguos, cuando este país estaba habitado por los Additas, el rey Sheddah, hijo de Ad, biznieto de Noe, fundo en él una ciudad magnífica, y cuando estuvo concluida y vio su grandeza y hermosura, henchido de orgullo su corazón, resolvió levantar un palacio y unos jardines que igualasen a lo que refiere el Alcoran de las bellezas del paraíso. Pero su presunción atrajo sobre él la maldición del cielo: él y todo su pueblo desaparecieron de la tierra, y su opulenta ciudad, su palacio y sus jardines fueron puestos bajo la influencia de un encanto que los separa de la vista de los hombres, fuera de ciertos momentos en que aparece para perpetuar la memoria de su pecado.»

«Esta historia y las maravillas que había visto no se borraron jamás de mi imaginación, y cuando estuve mas adelante en Egipto, dueño ya del libro del sabio Salomón, resolví visitar de nuevo el jardín de Hiram. Le halle en efecto con el auxilio de mi libro, tome posesión de él, pase muchos días en aquella imitación del paraíso, y obedientes a mi poder mágico los genios que le guardan, me revelaron los encantos por cuya fuerza había sido construido, y los que le hacían invisible.

«Yo pues, o rey, puedo construirte un palacio semejante en la montaña que domina la ciudad; conozco todos los secretos mágicos y poseo el libro del sabio Salomón: nada es inaccesible a mi poder.

—¡O hijo de Abou Agib! ¡O el mas sabio de todos los hombres! dijo Aben-Habuz ardiendo en deseos, ¡tú eres un gran viajero, tú has visto y aprendido cosas maravillosas! Debate yo un paraíso semejante, y pide en recompensa cuanto quieras, que yo te lo concedo, aunque sea la mitad de mi reino.

— ¡Ah! replico el astrologo, ya sabes que yo no soy mas que un anciano, un pobre filosofo bien fácil de contentar; no te pido otra cosa sino la primera cabalgadura que pase por la puerta del palacio mágico, con la carga que lleve.»

Acepto gustoso el monarca esta modesta condición y el astrologo puso manos a la obra. Ante todo, en la cumbre de la colina que dominaba

inmediatamente su retiro subterráneo, hizo erigir una gran portada, que pasaba por el centro de una torre fortísima. Sobre la piedra fundamental del arco exterior que formaba el pórtico, esculpió el mismo mágico una mano gigantesca, y en la del arco interior, encima de las puertas, represento una gran llave; cuyas figuras eran poderosos talismanes, sobre los cuales pronuncio ciertas palabras en lengua desconocida.

Concluida esta puerta, permaneció por espacio de dos días encerrado en su cámara mágica, y el tercero se subió a la colina, y se estuvo en la cumbre hasta alta noche. Bajo a esta hora, y presentándose a Aben-Habuz: «En fin, o rey, le dijo, ya está terminada mi obra: en la cumbre de ese monte he erigido el palacio mas delicioso que pudo inventar jamás el ingenio humano; allí está reunido todo lo que puede contribuir a la felicidad de la vida; salones magníficos, jardines sombríos y floridos, fuentes cristalinas, baños perfumados: en una palabra, la colina se ha transformado en un paraíso; y a la manera que el palacio de Hiram, se halla también este protegido por un encanto de gran poder, que le hace invisible a todos los que no poseen el secreto de su talismán.

—Basta, dijo lleno de júbilo Aben-Habuz: mañana al despuntar la aurora subiremos a la colina, y tomaremos posesión de esa morada de ventura.» Aquella noche durmió poco el monarca, y apenas los primeros rayos del sol comenzaban a dorar los picos de Sierra-Nevada, monto en su caballo, y seguido de una corta y escogida comitiva, subió la colina por un camino angosto y escarpado. Al lado de Aben-Habuz iba la princesa, montada en un palafrén blanco; su traje estaba sembrado de diamantes, y del hermoso cuello colgaba según costumbre la lira de plata. El astrologo, que nunca montaba a caballo, caminaba a pie al otro lado del rey, apoyado sobre su bastón jeroglífico.

Hacíase todo ojos Aben-Habuz, esperando ver en lo alto las torres del palacio con sus jardines y bosquecillos; mas nada podía descubrir. «Ved ahí, dijo el astrologo, en lo que consiste la seguridad y el misterio de este lugar: nada puede distinguirse hasta que se ha pasado la puerta encantada.»

Luego que llegaron delante de la puerta, deteniéndose el astrologo, enseñó al rey la mano y la llave misteriosas grabadas sobre el arco. «Las figuras que veis, dijo, son los talismanes que guardan la entrada de este paraíso: entre tanto esa mano no se baje hasta tocar la llave, ningún poder humano, ningún artificio mágico podrá triunfar del señor de esta colina.»

Mientras Aben-Habuz contemplaba embelesado, y en un silencio de admiración y pasmo los misteriosos talismanes, el palafrén de la princesa, que seguía caminando, se entraron por el pórtico hasta el centro de la torre.

«He aquí, dijo el astrologo, la recompensa que me habéis prometido; la

primera cabalgadura que entre por estas puertas mágicas, con la carga que lleve.»

Sonriose Aben-Habuz, creyendo que era un chiste del viejo; mas cuando conoció que hablaba con seriedad, temblaron de indignación las canas de su barba.

«Hijo de Abou Agib, dijo con airado semblante, ¿qué significa este engaño? Bien sabes tú lo que yo creí prometer: la primera cabalgadura que entrase por la puerta con la carga que llevase. Ve pues, toma la mula mas poderosa de mis caballerizas, cárgala de los objetos mas preciosos que se hallen en mi tesoro, tuya es; mas no levantes tus pensamientos hasta la que forma, las delicias de mi corazón.

—¿Y que se me da a mí de tu oro ni de tus riquezas? dijo con aire de desprecio el astrologo. ¿No poseo yo el libro del sabio Salomón? ¿No tengo a mi disposición todos los tesoros de la tierra? La princesa me pertenece de derecho: tu palabra real está empeñada, yo la reclamo como alhaja mía.»

A todo esto, desde lo alto de su palafrén les dirigía la princesa mirandas altivas, y se sonreía desdeñosamente al contemplar a aquellos dos vestiglos disputándose la posesión de su juventud y belleza.

Después de un largo debate, dominando la rabia del monarca sobre su prudencia, exclamó: «¡Hijo vil del desierto! tú puedes ser sabio en mas de una ciencia; pero reconoce en mí a tu señor, y no llesves la temeridad hasta el punto de burlarte de tu rey.

—¡Tú mi señor! replico el astrologo, ¡tú mi rey! ¡El soberano de una ratonera daría leyes al que posee el libro de Salomón! Adiós, Aben-Habuz, reina en tu pequeño reino, y gózate en tu paraíso de los locos; que yo voy a réirme a tus expensas en mi retiro filosófico.»

Dichas estas palabras, cogió de la brida el palafrén de la princesa, hirió la tierra con el bastón y se hundió con la hermosa dama al través del centro de la torre. Tras esto se cerró la tierra sobre sus cabezas, sin dejar el menor rastro de la abertura por donde habían desaparecido.

Quedo Aben-Habuz tan asombrado, que por algunos momentos no acertó a articular una palabra. Vuelto al fin de su sorpresa, dispuso que mil obreros hiciesen una excavación profunda en el sitio por donde se había hundido el astrologo: trabajaron con tesón, pero todos sus esfuerzos fueron vanos: en algunos puntos saltaban los picos rechazados por la peña, y la tierra llenaba en otros el hoyo practicado, casi tan pronto como lo habían hecho. Aben-Habuz busco en la falda de la montaña la boca de la caverna que conducía al palacio subterráneo del pérfido mago; pero no fue posible descubrirla, pues en el lugar donde estaba la entrada de la cueva, no se veía ya otra cosa que la roca firme y

unida.

Entre tanto, con la desaparición de Ibrahim Eben Abou Agib perdieron la eficacia sus talismanes: el guerrero de bronce quedo inmóvil, vuelto el semblante hacía la colina, y con la lanza apuntada al sitio por donde se había hundido el astrologo, como si quisiera indicar que se ocultaba allí el mayor enemigo de Aben-Habuz.

Algunas veces se oían en aquel sitio los sonidos de un instrumento, y los acentos de una voz de mujer, que apenas se distinguían, y al parecer salían de las entrañas de la tierra. Cierta día refirió un labrador al rey que la noche anterior había notado en la peña una hendedura, y habiéndose introducido por ella había distinguido a gran profundidad un salón subterráneo, en el cual, recostado el astrologo sobre un magnífico sofá, dormitaba dando cabezadas al sonido de la lira de la princesa, que según los efectos ejercía un poder mágico sobre sus sentidos.

Busco Aben-Habuz esta hendedura; mas no le fue posible encontrarla, porque sin duda había vuelto a cerrarse. También reitero las tentativas de la excavación; mas fueron tan infructuosas como las primeras: y es que ningún poder humano podía superar al encanto de la mano y la llave. En cuanto a la cumbre del monte, donde debían haberse construido el palacio y los jardines ofrecidos, ora fuese que dicho elíseo permaneciese invisible por efecto del encanto, ora que no hubiese existido jamás, y solo fuera una fábula del astrologo; lo cierto es que allí no se veía otra cosa que una soledad árida; y escabrosa. Las gentes adoptaron piadosamente la última opinión, y unos llamaban a aquel sitio la Locura del rey, y otros el Paraíso de los locos.

Para poner el colmo a las desgracias de Aben-Habuz, los vecinos, a quienes había desafiado, insultado y deshecho a su placer cuando poseía el talismán, habiendo llegado a conocer que ya no se hallaba protegido por la magia, invadieron por todos los puntos su territorio, de modo que el resto de la vida del mas pacífico de los monarcas fue una serie de guerras y disturbios.

En fin, Aben-Habuz murió, y hace algunos siglos que está enterrado; y sobre la colina venturosa se edificó mas adelante la Alhambra, que realiza en cierto modo las fabulas del jardín de Hiram. El pórtico encantado, que se conserva aun entero, protegido sin duda por la mano y llave misteriosas, forma la puerta llamada del Juicio y la entrada principal de la fortaleza; y es opinión común que el astrologo permanece todavía bajo este pórtico en el salón subterráneo, dormitando en su sofá al son de la lira de la princesa.

Los inválidos que dan la guardia de dicha puerta, suelen oír estos sonidos en las noches de verano, y cediendo entonces a su virtud soporífica, se quedan tranquilamente dormidos en sus puestos. Todo lo cual, según las leyendas, debe perpetuarse de edad en edad: la princesa, dicen, permanecerá cautiva del

astrologo, y el astrologo sometido a la magia somnífica de la princesa hasta el día del juicio; a menos que la mano, empuñando la llave fatal, deshaga antes el encanto de la montaña.

Historia del príncipe Ahmed Al Kamel, o el peregrino de amor.

Antiguamente había en Granada un rey, que solo tenía un hijo, llamado Ahmed, a quien los cortesanos, a causa de los signos indubitables de superioridad que notaron en él desde su tierna infancia, le dieron el sobrenombre de Al Kamel, que quiere decir El Perfecto. Las predicciones de los astrólogos se conformaban bastante con esta lisonja, pues habían leído en los astros que el príncipe sería el más perfecto y dichoso de los soberanos. Una sola nube amenazaba su destino, y aun en esta se distinguía cierto color purpúreo que la hermoseaba: habíale dotado naturaleza de una propensión irresistible al amor, y esta pasión le había de hacer correr grandes riesgos. Con todo, si se conseguía libertarle de sus ataques hasta la edad madura, se desvanecerían estos peligros, y su vida ofrecería una serie no interrumpida de prosperidades.

Confiado el rey en los consejos de los astrólogos, adopto la sabia resolución de hacer educar al príncipe en un retiro absoluto, en donde no pudiese ver un rostro femenino, ni llegase a sus oídos el solo nombre de amor. Con esta mira hizo construir en la colina que domina la Alhambra un palacio suntuoso, y le rodeo de deliciosos jardines, cercados de murallas altísimas, que son los mismos que conocemos al presente con el nombre de Generalife.

En este retiro fue encerrado el joven Ahmed Al Kamel, bajo la tutela de Eben Bonabben, filósofo árabe de saber profundo; pero de carácter severo e insensible. Había este pasado la mayor parte de su vida en Egipto, ocupado en el estudio de los jeroglíficos, y en hacer investigaciones científicas en los sepulcros y en las pirámides; y de ahí es que a sus ojos tenía mucho más atractivo una momia egipcia, que la belleza viviente mas seductora. Confiose pues a tan digno preceptor la educación del príncipe, previniendole le instruyese en toda clase de conocimientos, excepto uno solo: debía ignorar completamente todo lo relativo al amor.

«Emplead, le dijo el rey, cuantas precauciones creáis necesarias para conseguir este objeto; y tened presente, o Eben Bonabben, que si mi hijo llega a adquirir la menor noticia de este objeto vedado, pagareis con la cabeza esta trasgresión a mis órdenes.»

Una sonrisa forzada conmovió el descarnado rostro del sabio Bonabben al

oír esta amenaza. «Tan seguro podéis estar vos de vuestro hijo como yo de mi cabeza. ¿Creéis que un hombre como yo había de ir a dar al príncipe lecciones de amor?»

Bajo la vigilante custodia del filósofo fue creciendo el príncipe, prisionero en aquellos jardines y palacio. Servíanle esclavos negros y mudos, de figura horrible, que o no tenían ninguna noticia del amor, o carecían de palabras para comunicarlas. Eben Bonabben trabajaba con tesón en formar el entendimiento de su alumno, enriqueciéndole con toda suerte de conocimientos, y señaladamente con las ciencias abstractas de los egipcios; mas el príncipe hacía muy pocos progresos en estas últimas, y su Mentor se convenció muy pronto de que no se hallaba en la ninguna aptitud para la metafísica. Sin embargo, tenía una docilidad extraordinaria en un príncipe, y estaba siempre pronto a seguir las opiniones de los demás, dejándose guiar por el último que le aconsejaba: tanto que resistiendo con no pequeño esfuerzo los ataques del sueño, escuchaba con una paciencia verdaderamente ejemplar los doctos y perdurables discursos de Bonabben, que dejaron en su espíritu una idea ligera de casi todas las ciencias. De este modo llegó felizmente Ahmed a los veinte años de su edad; mas aunque podía pasar por un prodigio de saber, ignoraba absolutamente lo que era amor.

Por este tiempo se cambiaron las costumbres del príncipe: abandono de todo punto los estudios, y pasaba los días vagando por los jardines, o sentado a la orilla de una fuente, abismado en profundas cavilaciones. Habíanle enseñado algunos principios de música, y empleaba una parte del día en cultivar este arte, manifestando al mismo tiempo una afición naciente a la poesía. Estos caprichos sobresaltaron al sabio Eben Bonabben, el cual trató de desvanecerlos por medio de un curso de algebra; mas el príncipe tenía horror a todo lo que era cálculo: «No puedo soportar el estudio del algebra, dijo; necesito alguna cosa que hable a mi corazón.

—¡Medrados estamos! dijo para sí el sabio preceptor, meneando la despoblada cabeza. ¡Adiós filosofía! el príncipe ha descubierto que hay corazón.» Desde entonces dobló la vigilancia con que celaba todos los pasos y acciones de su alumno, y no tardó en conocer que su propensión natural a la ternura se había ya desarrollado, y solo necesitaba un objeto para acabar de manifestarse. Véasele con frecuencia discurriendo sin dirección por los jardines embebecido en una especie de enajenamiento, cuya causa ignoraba el mismo: algunas veces parecía hallarse sumergido en una ilusión deliciosa; otras tomaba un laúd, y pulsándole con blandura, le hacía producir los sonidos mas tiernos, tras lo cual solía arrojarle con despecho lejos de sí, suspirando y prorrumpiendo en exclamaciones apasionadas.

Esta disposición al amor la manifestaba hasta con los objetos inanimados: tenía algunas flores favoritas, a las que prodigaba las atenciones mas asiduas;

tomo cariño a muchos árboles, y uno en particular le inspiró la más viva pasión por su graciosa forma y delicado ramaje, que se inclinaba al suelo blandamente. Esculpía su nombre en la corteza, adornaba sus ramas con guirnaldas, y acompañándose con el laúd, cantaba coplas en su alabanza.

El sabio Eben Bonabben entró en graves temores al observar en su alumno estos síntomas de excitación: véale al umbral de la ciencia vedada, el menor indicio bastaba ya para descubrirle el secreto fatal. Temblando pues por la seguridad del príncipe y por su propia cabeza, se apresuró a alejarle de las seducciones del jardín, y con este objeto le confinó en la torre más alta del Generalife. Contenía estas magníficas habitaciones, desde donde descubría la vista un horizonte inmenso; pero su elevación la separaba de aquella atmósfera embalsamada, de aquellos bosquecillos risueños, tan peligrosos para el sobrado sensible Ahmed.

Más era necesario conciliar al príncipe con esta medida violenta, y procurarle alguna distracción que le hiciese más llevadera su soledad. Había ya apurado todos los estudios amenos, y no podía hablársele de álgebra ni de nada que se le pareciese; más por fortuna Eben Bonabben se acordó de que en otro tiempo había aprendido en Egipto la lengua de los pájaros, la cual le enseñara un rabino judío, que la había heredado directamente del sabio Salomón. Al solo nombre de esta ciencia brillaron de alegría los ojos del príncipe, el cual se aplicó a su estudio con tal tesón, que en poco tiempo se halló tan versado en ella como su mismo maestro.

La torre del Generalife dejó desde entonces de ser una soledad para Ahmed, pues este tenía a toda hora con quien hablar. Su primer conocimiento de vecindad fue el de un gavián, que tenía su guarida en una hendidura de las almenas, desde cuya elevación se lanzaba sobre la presa que a lo lejos descubría. Más el príncipe halló poco agradable la amistad de este pájaro: verdadero pirata del aire, su conversación se componía únicamente de fanfarronadas sobre sus rapiñas, su valor y sus hazañas.

Más adelante se relacionó Ahmed con un búho de aspecto grave y presumido, cabeza voluminosa y ojos redondos y espantados. Este pasaba todo el día dormitando en un agujero de la muralla, de donde no salía hasta la noche: picabase de sabio; de cuando en cuando dejaba escapar algunas voces campanudas sobre la astrología; hablaba de la luna, y daba a entender que no era del todo extraño a las ciencias ocultas; más estaba furiosamente apasionado a la metafísica, y sus disertaciones eran aun más intolerables que las del sabio Eben Bonabben.

Algunas veces también solía el príncipe comunicar con un murciélago, que pasaba el día pegado a la pared en un rincón oscuro de la bóveda, y solo salía al anochecer para dar algunos paseos, por decirlo así, con chinelas y gorro de

dormir. Esta ave no tenía tampoco sino ideas superficiales de todo, se mofaba de las cosas que ignoraba, o de que solo había adquirido conocimientos imperfectos, y no hallaba placer en nada.

Completaba la plumífera sociedad una golondrina, con quien el príncipe trabo al principio estrechas relaciones: era una habladora eterna, pero muy picotera y quisquillosa; y como nunca paraba en un punto, se hacía imposible tener con ella una conversación seguida.

Tales eran los únicos compañeros con quienes podía el príncipe ejercitar la nueva ciencia, que había adquirido; porque la torre estaba demasiado elevada para que pudiesen frecuentarla otras aves. Cansose pronto de sus nuevos conocimientos, cuya conversación, poco interesante para su espíritu, no decía nada a su corazón, y poco a poco volvió a caer en su primera melancolía. Pasó el invierno, y volvió la primavera con su sequito de flores y verdura, y su dulce y balsámico aliento; llegó el tiempo dichoso en que las aves vuelan de dos en dos a labrar sus nidos en la enramada. De repente, cual si correspondieran a una señal convenida, se levantó de las florestas del Generalife un concierto de dulce melodía, y llegó hasta los oídos del príncipe en la elevada soledad de su torre. Todas las voces cantaban el mismo tema: Amor, amor, amor: esto era lo que se oía proferir en todos los tonos. Escuchaba el príncipe en silencio perplejo y sobresaltado: «¿Que será este amor, discurría, que parece ocupar al mundo entero, al paso que a mí me es absolutamente desconocido?» Quiso tomar algunas noticias por medio de su amigo el gavilan; mas este bribón le respondió con tono de burla: «Dirigíos a las pacíficas y vulgares aves de la tierra, destinadas a servirnos de pasto a nosotros los príncipes del aire; ellas podrán satisfacer vuestras preguntas: por lo que a mí hace, no conozco mas oficio que la guerra, ni otras delicias que los combates; en una palabra, soy un guerrero e ignoro de todo punto lo que es amor.»

El príncipe se apartó del disgustado, y se fue a buscar al búho que estaba escondido en su retiro. «Este, decía, es un pájaro sensato y reflexivo, que sin duda podrá darme las noticias que necesito.» Con efecto, suplico al búho que le dijese que venía a ser el amor que cantaban en aquel momento todas las aves de las florestas inmediatas a la torre.

A esta pregunta se manifestó el búho sorprendido e incomodado. «Mis noches, contesto con cierto aire de dignidad ofendida, están consagradas a las investigaciones científicas, y mis días a rumiar en mi retiro todas las especies que he recogido en mis viajes. Por lo que hace a esas aves vocingleras de que me habláis, jamás me he cuidado de escucharlas; porque las desprecio a ellas y a los objetos de sus necias canciones. Yo no canto, loado sea Allah; soy un filósofo e ignoro de todo punto lo que es amor.»

Oída esta respuesta, se trasladó el príncipe al rincón, en donde su amigo el murciélago estaba colgado de las patas, y despertándole, le dirigió la misma pregunta. El murciélago, frunciendo el hocico, puso un gesto el mas ceñudo y emperrado, y le respondió regañando. «¿A qué venís ahora a interrumpir de este modo mi sueño de la mañana para hacerme una pregunta necia? Yo no salgo sino al anochecer cuando se hallan durmiendo todas las demás aves, y nunca me mezclo en sus negocios. A Dios gracias, no pertenezco a las aves ni a los cuadrúpedos; he descubierto los vicios de unos y otros, y los aborrezco a todos igualmente. En una palabra, soy misántropo e ignoro de todo punto lo que es amor.»

En último recurso acudió el príncipe a la golondrina, y la detuvo a la que pasaba en uno de sus círculos por lo mas elevado de la torre.

La golondrina, según su costumbre, andaba muy atrafagada, y apenas se detuvo el tiempo preciso para contestar: «Os aseguro sobre mi palabra, le dijo, que como tengo que acudir a tantas cosas de interés general, no me he detenido jamás a pensar en el objeto de que me habláis. Todos los días tengo cien visitas que hacer, y otros tantos negocios importantes que examinar, los cuales no me dejan tiempo para ocuparme en los frívolos objetos de las canciones que se oyen en derredor de los nidos. En una palabra, soy cosmopolita e ignoro de todo punto lo que es amor.»

Quedo Ahmed en la misma duda, y su curiosidad se aumentó todavía con la dificultad de satisfacerla. Hallándose un día discurrendo sobre este objeto misterioso, entro en la torre su anciano preceptor, y viéndole el príncipe corrió luego a su encuentro, y le dijo con el mayor interés: «¡O sabio Eben Bonabben! tú me has revelado una gran parte de la sabiduría de la tierra; mas hay una cosa que ignoro absolutamente, y en la que tengo vivos deseos de instruirme.

—Diríjame mi príncipe las cuestiones que quiera, y toda la inteligencia de su siervo está a sus órdenes.

—Dime pues, o el mas profundo de los filósofos, ¿cuál es la naturaleza de esa cosa que se llama amor?»

El sabio Eben Bonabben quedo tan asombrado como si hubiese caído un rayo a sus pies; tembló, perdió el color, y le pareció que la cabeza le bamboleaba ya sobre los hombros.

«¿Y quién ha podido sugerir a mi príncipe semejante pregunta? ¿En dónde ha aprendido esa palabra vana?»

El príncipe, llevando a su preceptor a la ventana: «Escucha, le dijo, Eben Bonabben.» Escucho el sabio, y oyó el dulce canto de un ruiseñor, que escondido en un bosquecillo que estaba al pie de la torre, dirigía tiernas

querellas a su amada: de todos los rosales, de todas las ramas floridas salían trinos melodiosos, que expresaban el mismo pensamiento: Amor, amor, amor, era el tema de todos los cantos.

« ¡Allah albar! ¡Dios es grande! exclamó el sabio Bonabben; ¿quién será osado a ocultar al hombre este secreto, cuando las mismas aves del aire conspiran a revelárselo?»

Entonces volviéndose a Ahmed: « ¡O príncipe mío! le dijo juntando las manos, cierra los oídos a esos cantos peligrosos; huye de tan nocivo conocimiento. Sabe que la mitad de los males que afligen a la humanidad no reconocen otra causa que ese funesto amor: él es el que fomenta la discordia y el rencor entre los hermanos y los amigos; el enciende la guerra, el escita a la traición. Los cuidados, la tristeza, los días inquietos, las noches sin sueño; he aquí sus efectos. Marchita la flor, destruye la alegría de la juventud, y lleva consigo los males y los pesares de una vejez prematura. Consérvate Allah, o príncipe mío, en la feliz y total ignorancia de esa cosa que se llama amor.»

Dichas estas palabras se salió el sabio Bonabben, dejando al príncipe en una perplejidad mas profunda aun que la que le mortificaba antes de hablarle. En vano procuraba separar de su imaginación este objeto que absorbía todas sus ideas: a pesar suyo le ocupaba continuamente, y su espíritu se fatigaba y se perdía en vanas conjeturas. «Seguramente, decía prestando oídos a las dulces canciones de las aves, estos acentos no tienen nada de tristes, y antes bien, parece que solo expresan placer y ternura. Si el amor causa tantas desgracias y enemistades, ¿en qué consiste que estas aves no están todas gimiendo en la soledad, o bien despedazándose unas a otras, en vez de revolotear alegremente por las selvas, y jugar bulliciosas entre las flores?»

Cierta mañana, tendida blandamente en su lecho, discurría entre sí sobre este misterio inexplicable. Abierta la ventana, penetraba por ella el fresco vientecillo, que después de empaparse en el suave aroma de los azahares que florecen a la orilla del Darro, subía a recrear los sentidos del príncipe; oíase a lo lejos la voz del ruiseñor que repetía su tema acostumbrado, y cuando el príncipe le escuchaba suspirando, oyó cerca de sí el ruido de las alas de un ave. Perseguido por el gavilan un hermoso palomo, se entró en su aposento y cayo palpitando en el suelo; y el gavilan, viéndose privado de la presa, dirigió el vuelo hacía los montes.

Levanto el príncipe al pobre palomo que estaba medio muerto, le beso y le abrigo en su seno. Luego que lo hubo tranquilizado con sus caricias, le puso en una jaula de oro, y le presento con sus propias manos trigo del más puro y agua cristalina. El ave sin embargo se negaba a tomar alimento, y permanecía con la cabeza caída, lamentándose con tono lastimero.

«¿De qué te afliges? decía Ahmed, ¿no tienes todo lo que puede desear tu

corazón?

— ¡Ah! no, replico el palomo; ¿por ventura no estoy separado de mi amada compañera, y precisamente en la época feliz de la primavera, en la estación hermosa de los amores?

— ¡De los amores! replico Ahmed, ¡ah! yo te lo suplico, ave graciosa, ¿podrías decirme lo que es amor?

— ¡Ay príncipe mío! ¡Demasiado! El amor hace el tormento de uno, la felicidad de dos, y se convierte en una fuente de enemistades y desgracias si llegan a ser tres. Es un encanto poderoso que atrae mutuamente a dos seres, y los une con la mas dulce simpatía; los hace dichosos si están unidos; pero muy dignos de lastima cuando se hallan separados. Mas ¿acaso no existe ningún ser con quien os haya unido un afecto tierno?

—Sí, yo amo a mi anciano preceptor Eben Bonabben más que a ningún otro ser conocido; pero sin embargo suele parecerme fastidioso, y algunas veces me creo más feliz en su ausencia que en su compañía.

—No trato yo de esa clase de afecto: hablo del amor, del gran misterio y principio de la vida, de la felicidad inefable de la juventud y delicia tranquila de la edad madura. Mira en torno de tú, príncipe mío, y veras como todo respira amor en esta deliciosa estación: de cuantas criaturas existen, no hay una que no tenga su compañera; el mas pequeño pajarillo canta para agradar a su amada; el insecto, que apenas se distingue sobre la yerba, busca también a su querida, y esas mariposas que suben volando hasta por encima de la torre, y vagan jugueteando por el aire, son felices por su mutua ternura. ¡Ah príncipe mío! ¿Será posible que hayas perdido los días más preciosos de tu juventud sin conocer el amor? ¿Ningún ser de sexo diferente, ninguna hermosa princesa, ninguna joven agraciada ha cautivado tu corazón, y hecho nacer en tu seno una dulce inquietud, un conjunto agradable de penas y deseos?

—Ya empiezo a comprenderte, dijo el príncipe suspirando; más de una vez he experimentado una inquietud semejante a la que me dices sin adivinar la causa. Mas reducido a esta espantosa soledad, ¿dónde podre hallar un objeto tal como tú le pintas?»

La conversación continua aun por algún tiempo sobre el mismo objeto, y la primera lección que recibió el príncipe fue completa.

« ¡Ay! exclamó después, si el amor es una felicidad tan grande, y tanta pena causa la ausencia del objeto amado, ¡no permita Allah que yo turbe la alegría de dos amantes!»

Dicho esto abrió la jaula, saco el aplomo y le dejo sobre la ventana. «Ve, dijo, ave dichosa, goza con la amada de tu corazón los hermosos días de la

juventud y la deliciosa estación de la primavera. ¿Con que razón había yo de retenerte en este triste encierro, adonde jamás podrá penetrar el amor?»

Vatio el ave las alas en señal de contento, formo un círculo en el aire, y voló como una flecha hacía los floridos bosquecillos del Darro.

Siguiera Ahmed con los ojos hasta perderla de vista, y quedo sumergido en la mas profunda tristeza. El canto de las aves que tanto le complacía pocos momentos antes, redoblaba ahora sus penas ¡Amor, amor, amor! ¡Ah pobre joven! Entonces conoció el significado de este tema tan repetido.

La primera vez que vio al sabio Bonabben después de esta conversación, le dirigió una mirada de resentimiento. « ¿Por qué me has dejado en tan crasa ignorancia? le dijo encolerizado. ¿Por qué me ha de ser desconocido el gran misterio, el principio de la vida que está al alcance del más humilde insecto? La naturaleza entera se entrega en este momento a los mas dulces placeres; todas las criaturas se gozan con una compañera, y ve ahí precisamente ese amor que yo quería conocer. ¿Porque he de ser yo el único que se halle privado de sus delicias? ¿Porque he de haber pasado los días mas floridos de mi juventud, sin conocer la felicidad que puede proporcionar?»

El sabio Bonabben conoció sobradamente que ya era inútil toda reserva, puesto que el príncipe había adquirido la ciencia prohibida. Le revelo pues las predicciones de los astrólogos; y le entero de las precauciones que se habían tomado en su educación para conjurar la tempestad que le amenazaba.

«Ahora, príncipe mío, añadió, tenéis mi vida en vuestras manos. Si el rey vuestro padre llega a entender que bajo mi vigilancia habéis aprendido lo que es amor, perezco sin remedio; porque respondí con mi cabeza de vuestra completa ignorancia en esta materia.»

Era el príncipe más razonable de lo que pudiera esperarse de un joven de su edad, y así escucho las reflexiones de su preceptor con tanta mayor deferencia, cuanto que nada le hablaba contra ellas. Por otra parte Ahmed profesaba un verdadero afecto al sabio Bonabben, y como solo conocía la teórica del amor, consintió fácilmente en encerrar en su seno todas las noticias que sobre este objeto acababa de adquirir, antes que poner en peligro la cabeza del filósofo.

Su discreción empero tuvo que sufrir muy pronto una prueba más fuerte. Algunos días después, hallándose engolfado en tristes imaginaciones junto a las almenas de la torre, apareció en los aires el palomo a quien había restituido la libertad, y abatiendo el vuelo, se le puso sobre el hombro con singular familiaridad.

Cogiere el príncipe, y estrechándole contra su corazón: « ¡Ave dichosa, exclamó, que puedes volar con la rapidez de la luz de la mañana de un

extremo a otro de la tierra! ¿Que país has visitado después que no nos hemos visto?

—Vengo, o príncipe, de una región muy distante; y en recompensa de la libertad que os debo, os traigo las más alegres nuevas. En mi remontado vuelo puedo cernerme sobre una altura prodigiosa, y dominar una extensión inmensa de país. Cierta día pues descubrí bajo de mí un jardín delicioso, lleno de toda suerte de frutas y flores: un límpido arroyuelo corría serpenteando por entre las flores, que esmaltaban una frondosa pradera; y en el centro del jardín se levantaba un magnífico palacio. Póseme sobre un árbol para descansar, y junto al arroyuelo que pasaba bañando el tronco, descubrí una princesa en todo el brillo de la primera juventud, rodeada de doncellas de su misma edad, que la adornaban con guirnaldas de flores tan frescas como ella, pero no con mucho tan hermosas. Tantos hechizos sin embargo florecían en aquella soledad ocultos a los ojos de todos; porque el jardín se hallaba cercado de murallas altísimas, y nadie podía penetrar en él. A la vista de una tierna joven tan llena de atractivos, a quien su separación del mundo ha conservado toda la inocencia de la edad infantil, he discurrido que esta era la que el cielo tenia destinada para inspirar amor a mi querido Ahmed.»

Esta descripción se grabó con caracteres de fuego en el corazón sobrado sensible de Ahmed. La vaga ternura que comprimía en su seno hacía tanto tiempo, hallaba en fin un objeto en que fijarse, y la pasión que concibió por la princesa, se enuncio desde su nacimiento con la mayor violencia. Escribió una carta, en la que con las frases mas apasionadas expresaba el ardiente amor y tierno cariño que ya profesaba a la bella desconocida; lastimándose del cautiverio que le impedía arrojarle a sus pies. A este amoroso billete añadió algunas estancias, en las que la verdad de los afectos iba unida a la delicadeza de las palabras; porque además de que el príncipe era naturalmente poeta, en este momento le inspiraba el amor. La carta iba dirigida A la bella desconocida: del príncipe cautivo Ahmed. Y después de haberla perfumado con almizcle y esencia de rosas, se la entregó al palomo.

«Parte, dijo, o el mas fiel de los mensajeros, salva los montes y los valles, y no te detengas en ninguna floresta, hasta haber entregado esta carta a la señora de mi corazón.»

Remontase el palomo hasta una altura prodigiosa, y en seguida dirigió el vuelo en línea recta. Siguiere el príncipe largo rato con la vista, ya no le distinguía sino como un punto casi imperceptible, y al fin se ocultó enteramente detrás de una montaña.

Contaba Ahmed con impaciencia los días que se siguieron a la partida de su mensajero, y cada mañana se prometía verle antes de la noche; mas esperaba en vano. Ya comenzaba a acusarle de ingratitud, cuando a la caída de

una hermosa tarde, vio al fiel palomo que llegó volando a su habitación y cayó muerto a sus pies. La flecha cruel de algún desapiadado cazador había atravesado su pecho, y la pobre avecilla empleó toda la fuerza y vida que le quedaban en llegar al término de su viaje y dejar cumplida su misión.

Inclinase el príncipe lloroso sobre el cuerpo inanimado de aquel mártir de la fidelidad, cuando notó alrededor de su cuello una cadena de perlas, de la que pendía un retrato que estaba oculto bajo el ala, y representaba sobre esmalte una hermosa princesa en la flor de su edad. Esta era sin duda la bella desconocida del jardín; más ¿quién era? ¿En dónde estaba? ¿Habría recibido la carta y le enviaba en cambio aquel retrato, como prenda de correspondencia?

Todo esto quedaba desgraciadamente envuelto en la duda y en la oscuridad con la lastimera muerte del palomo.

Contemplaba el príncipe la miniatura, y arrasabanse de lágrimas sus ojos. Estrecha bala contra su corazón y contra sus labios, pasaba horas enteras mirándola sumergido en una tierna agonía. «Bella imagen, decía, ¡ah! no eres más que una imagen; empero tus ojos cristalinos se fijan en mí con ternura; tus labios de rosa parece se abren para consolar mi pena.... ¡Vanos delirios! Esos hermosos ojos, esa boca adorable, tal vez habrán hablado un lenguaje tan dulce a un rival más feliz. Pero ¿en dónde podría yo hallar el original de esta copia divina? ¿Quién sabe cuántos reinos y montes nos separan, ni que acontecimientos podrán impedir nuestra unión? Acaso en este momento la colma de atenciones y obsequios una turba de admiradores, y yo triste, prisionero en mi torre, paso mis amargos días adorando una sombra.»

El príncipe tomó de repente una resolución extraordinaria. «Huiré, dijo, de este palacio, o más bien de esta prisión odiosa, y peregrino de amor, buscare por todo el mundo a la desconocida princesa que reina en mi corazón.»

Era inútil pensar en huir durante el día; mas la guarda del palacio estaba bastante descuidada por la noche, en razón de que no se temía ninguna tentativa de este género de parte del príncipe, que siempre había llevado con paciencia su cautiverio. Con todo eso Ahmed no sabía cómo conducirse para efectuar una fuga nocturna por un país que le era absolutamente desconocido; pero discurriendo que el búho, como acostumbrado a pasearse durante la noche, debía conocer todos los caminos escusados de las inmediaciones, pasó a su retiro para consultarle. Puso el búho un semblante grave, y dándose grande importancia, contestó en estos términos al príncipe Ahmed: «Habéis de saber, o príncipe, que nosotros los búhos pertenecemos a una familia muy antigua y numerosa, que aunque algo decaída tiene todavía mucho poder. En todos los puntos de España poseemos castillos y palacios; y puedo aseguraros con verdad que me sería imposible hallar una torre, una ciudadela, un edificio cualquiera, tanto en las ciudades como en los campos, en donde no esté seguro

de encontrar un hermano, un tío o un primo. Además, haciendo mi vuelta de visitas de parentela, he cruzado el país en todas direcciones, y conozco los sitios mas ocultos.» Lleno el príncipe de júbilo al encontrar al búho tan profundamente versado en la topografía le confió el secreto de su amor y su proyecto de fuga, y le suplico tuviese a bien servirle de guía y consejero.

« ¡Como! respondió el búho algo picado, ¿he nacido yo acaso para mezclarme en intrigas de amor? ¿Yo que tengo consagrado todo mi tiempo a la meditación y a la luna?

—Sosegaos, augusto búho, repuso el príncipe, y dignaos de salir por un instante de vuestras meditaciones y de la luna para auxiliar mi fuga, y yo os concederé en cambio todo lo que acertéis a pedirme.

—Yo poseo todo lo que deseo, replico el búho: algunos ratones bastan para la provisión de mi frugal mesa, y este agujero es harto capaz para poder meditar. ¿Qué más necesita un filósofo?

—Considera sin embargo, sapientísimo búho, que entre tanto que tú meditas y miras a la luna en tu retiro, tus talentos son perdidos para el mundo. Yo seré un día soberano, y poder colocarte en algún puesto honroso, y darte alguna dignidad en donde brille y sea útil tu profunda sabiduría.»

La filosofía del búho le hacía muy superior a las necesidades de la vida; mas no le había libertado enteramente de la ambición. Rindiase pues a las ofertas del príncipe, y consintió en servirle de guía y Mentor en su peregrinación.

Los proyectos de un amante se ejecutan con mucha prontitud. Ante todo reunió el príncipe sus diamantes y demás alhajas, y las oculto entre sus vestidos como caudal para el viaje; y la noche siguiente, sirviéndole de escalera una de sus fajas, y siguiendo las indicaciones del búho, salto de la torre por un balcón de la muralla exterior, y antes de amanecer ya se hallaban en medio de los montes él y su experimentado guía.

Allí consulto con su Mentor sobre la ruta que deberían tomar.

«Yo creo, dijo el búho, que sería acertado ir a Sevilla; porque habéis de saber qué hace muchos años hice yo una visita a mi tío, un búho de ilustre abolengo, que habitaba en uno de los ángulos arruinados del alcázar: con esta ocasión hice muchas excursiones nocturnas por aquella ciudad, y habiéndome llamado La atención cierta luz que brillaba en una torre abandonada, dirigí una noche el vuelo a las almenas, y vi que aquella luz era la lámpara de un mágico árabe, a quien descubrí también en su escondrijo rodeado de los libros de su ciencia, y que tenía sobre el hombro un cuervo muy viejo que había traído consigo de Egipto. Trabe estrecha relaciones con dicho cuervo, y aprendí de él la mayor parte de los conocimientos que poseo. Después de aquella época

murió el mágico; mas el cuervo habita aun la torre, porque estos pájaros son admirables por su longevidad. Yo pues, o príncipe, os aconsejaría que buscáseis a este cuervo; porque además de que es adivino y algo hechicero, profesa también la magia negra, en la que son muy celebrados los cuervos, y señaladamente los de Egipto.»

Admirado el príncipe de este consejo, se dirigió a Sevilla; mas por consideración a su compañero, caminaba únicamente durante la noche, y pasaba el día en alguna gruta oscura, o en una torre arruinada; pues el búho conocía todas estas guaridas secretas, y su afición a las ruinas era igual a la de un anticuario.

Llegaron en fin a Sevilla una mañana antes de salir el sol, y el búho, que detestaba la luz del día y el trafago de una ciudad tan populosa, se quedó fuera de los muros, y puso su cuartel en el hueco de un árbol.

Entro el príncipe en la ciudad, y no tardo a hallar la torre mágica, que descollaba por encima de las casas, no de otra manera que una palma sobre los matorrales del desierto. Dicha torre era la misma que existe hoy, y es conocida con el nombre de la Giralda. Una escalera trabajosa condujo al príncipe hasta la estancia mas elevada, en donde hallo efectivamente al cuervo cabalístico. Era este un pájaro viejo, de cabeza cana y plumaje ralo, semblante ceñudo, y una nube en el ojo izquierdo que le daba una mirada de espectro. Sostenido sobre una pata tenía la cabeza inclinada, y con el ojo que le quedaba estaba examinando un diagrama que se veía trazado en el suelo.

Llegose a él el príncipe con todo el respeto que su alta reputación y venerable aspecto debían naturalmente inspirarle: «Perdonadme, le dijo, respetable y sapientísimo cuervo, si me atrevo a distraeros por un instante de los estudios con que tenéis admirado al mundo entero. Veis en vuestra presencia a un amante que desea vivamente le indiquéis los medios de que podrá valerse para lograr el objeto de su amor.

—En otros términos, contesto el cuervo con una mirada significativa, ¿queréis que os diga la buena ventura? Enhorabuena, enseñadme la mano, y dejadme descifrar las líneas misteriosas de vuestro destino.

—Perdonad, replico el príncipe: yo no vengo aquí con objeto de conocer los decretos del destino que Allah ha querido ocultar a los ojos de los mortales; soy un peregrino de amor, y solo pido un hilo que pueda dirigirme por entre el laberinto del mundo hacía el objeto de mi peregrinación.

— ¿Y os podrán faltar objetos de esta especie en la enamorada Andalucía? dijo el viejo cuervo dirigiendo al príncipe con semblante maligno el único ojo que tenia, sobre todo en la alegre y deliciosa Sevilla, donde mil bellezas de ojos negros bailan de continuo la zambra a la fresca sombra de los floridos

bosques de naranjos.»

Sonrojase el príncipe, y se escandalizo sobremanera al oír palabras tan libres en boca de un pájaro viejo, que estaba ya con un pie en la sepultura. «Creedme, le dijo con gravedad, mi objeto no es tan frívolo e innoble como parece lo suponéis. Las bellezas de ojos negros que bailan en los bosques de naranjos del Guadalquivir, no tienen atractivo alguno para mí: busco una beldad desconocida; pero inocente y pura, el original de este retrato; y vuelvo a suplicarte, muy poderoso cuervo, que si a tan lo alcanza tu ciencia, me digas en donde podre hallarla.»

La seriedad del príncipe desagrado al cuervo estantigua, el cual contesto con secatura: «Todo lo que pertenece a la juventud y a la belleza me es extraño: la vejez, la decrepitud es lo único que tiene atractivo para mí. Soy el heraldo del destino; desde lo alto de las chimeneas anuncio con mis graznidos los pronósticos de la muerte, y me agrada cernerme sobre el tejado del enfermo moribundo. Id pues, y buscad en otra parte quien os de mas señas de vuestra bella desconocida.

— ¿Y en donde buscarla sino entre los hijos de la sabiduría? Nací para reinar, y los astros que precedieron a mi nacimiento, me precisan a acometer una empresa misteriosa, de la que depende tal vez el destino de muchos imperios.»

Cuando el cuervo oyó hablar de imperios y destinos en que estaban interesadas las estrellas, cambio de tono, escucho con oído atento la historia del príncipe, y cuando la hubo terminado, le dirigió con afabilidad estas palabras: «No puedo daros por mí mismo ninguna noticia; porque como ya os he dicho, frecuento muy poco los jardines y los retretes de las damas; pero dirigíos a Córdoba, y buscad la palma del grande Abderramán, que se halla en el patio principal de la mezquita. Al pie de este árbol hallareis un gran viajero que ha visitado todos los países y todas las cortes: favorecido en todas partes por las reinas y las princesas, está relacionado con todos los magnates del reino, y yo no dudo que podrá daros noticias del objeto de vuestras diligencias.

—Mil millones de gracias por tan precioso consejo, dijo el príncipe: adiós, venerable brujo.

—Adiós, peregrino de amor,» respondió el cuervo con tono seco, y se puso a calcular de nuevo sobre su diagrama.

Salió el príncipe de Sevilla, y se fue a buscar a su compañero el búho, que dormitaba todavía dentro de su árbol; despertarle, y tomaron ambos el camino de Córdoba, atravesando los bosques de naranjos y limoneros, que refrescan con su sombra las deliciosas márgenes del Guadalquivir. Llegados a las puertas de la ciudad, el búho levanto el vuelo, y se metió en una grieta de la

muralla, y el príncipe se dirigió al momento a buscar la palma que plantara en los antiguos tiempos el grande Abderramán. Estaba en el patio de la mezquita, descollando por encima de los más altos naranjos y cipreses; algunos cervices y faquires, formaban diversos grupos sentados bajo los pórticos; y muchos devotos hacían sus abluciones en la fuente antes de entrar en la mezquita.

Al pie del árbol había un numeroso concurso de gentes de todas clases, que según parecía, estaban escuchando a una persona que hablaba con extraordinaria volubilidad. «Este es sin duda, dijo para sí el príncipe, el gran viajero que me dará noticias de mi princesa.» Mezclase entre la multitud, y quedo sobremanera sorprendido al ver que el orador, en derredor del cual se reunía tan distinguido auditorio, era un papagayo de hermoso plumaje verde, gesto remilgado y copete erguido, que tenía todas las trazas de un pájaro sumamente pagado de sí mismo.

« ¿En qué consiste, dijo el príncipe a uno de los oyentes, que tantas personas de razón se estén divirtiendo con la parladuría de un pájaro de esta especie?

—Vos no sabéis de quien habláis, replico el otro: este papagayo descende del famoso loro de Persia, tan célebre por sus talentos en la adivinación: tiene toda la ciencia del oriente en el pico de la lengua, y cita versos como agua. En todos los países que ha recorrido le han mirado como un milagro de erudición; con las mujeres, sobre todo, se ha adquirido un partido prodigioso; porque el bello sexo ha hecho siempre mucho caso de los papagayos que citan versos.

—Muy bien, dijo el príncipe, conozco que me había equivocado, y en verdad que me holgaría de tener un rato de conversación con tan distinguido viajero.»

Con efecto solícito y obtuvo una entrevista privada, y empezó a exponer el objeto de su peregrinación; mas apenas había pronunciado algunas palabras, cuando soltó el loro una gran carcajada, y continuó riendo hasta llorar. «Perdonad, dije, mi loca alegría; pero el solo nombre de amor me hace descoyuntar de risa.» Mortificado el príncipe de tan intempestiva jovialidad, le replicó con tono grave: « ¿Por ventura no es el amor el gran misterio de la naturaleza, el principio secreto de la vida, el vínculo universal de la simpatía?

— ¡Patarata! ¡Pura patarata! Decidme os ruego, ¿en dónde habéis aprendido esa jerigonza sentimental? Creedme, ya no es moda el amor, ni siquiera se habla ya de él entre las gentes de talento, ni en la buena sociedad.»

Suspiro el príncipe, acordándose del lenguaje tan diferente de su amigo el palomo. «Mas este papagayo, discurría, ha pasado su vida en las cortes; blasona de elegante, y afecta ser un personaje: seguramente no sabrá nada de amor; y como no quería provocar nuevas chufletas sobre el afecto que llenaba

su corazón, se encamino directamente al objeto de su visita.

«Dignaos decirme, o incomparable papagayo; vos, para quien han estado abiertos los asilos mas recónditos de la belleza, ¿habéis tal vez encontrado en el discurso de vuestros viajes el original de este retrato?»

Tomo el papagayo el retrato entre las garras, volvió a uno y otro lado la cabeza para observarle con ambos ojos, y exclamó en fin: «Ve aquí, por vida mía, una liada cara; sí, cierto, una cara lindísima. Mas como yo he visto en mis viajes tantas mujeres hermosas, me sería muy difícil.... pero no.... aguardad.... sí... ahora me acuerdo de estas facciones.... no, no me engaño: esta es la princesa Alegando: ¿es posible que haya yo podido desconocer a una de mis mayores amigas?

— ¡La princesa Alegando! repitió el príncipe; ¿y en donde la hallaremos?

—Cachaza, señor mío, cachaza; que mas fácil es hallarla que obtenerla. Esta princesa es la hija única del rey cristiano de Toledo, la cual, merced a ciertas predicciones de esos bellacos de astrólogos, debe vivir separada del mundo hasta cumplir los diez y siete años. Y yo creo que os ha de ser imposible el verla, porque ningún mortal puede llegarse al palacio en donde su padre la tiene encerrada. Yo he sido admitido a su presencia para divertirla, y os juro a fe de papagayo de mundo, que conozco mas de una princesa menos amable que ella.

—Hablemos en confianza, querido papagayo, dijo el príncipe: yo soy heredero de un reino; veo que sois un pájaro de talento y que conocéis el mundo; ayudadme pues a ganar el corazón de la princesa, y os prometo un puesto distinguido en mi corte.

—Lo acepto de todo corazón, dijo el papagayo; pero cuidado, que ha de ser un bocado sin hueso, porque nosotros los sabios tenemos horror al trabajo.»

Convinieron se muy pronto en las condiciones, y saliendo inmediatamente de Córdoba llamo el príncipe al búho, le presento al nuevo compañero de viaje como un sabio concolea, y todos juntos tomaron la vuelta de Toledo. Caminaban con mucha mas lentitud de la que el impaciente Ahmed hubiera deseado; mas el papagayo, como acostumbrado a la vida de caballero, era poco amigo de madrugar; y el búho por otra parte quería echarse a dormir a la mitad de la jornada, y hacía perder mucho tiempo con sus largas siestas. Además su manía de anticuario, era un nuevo motivo de retardo; porque se empeñaba en detenerse en todas las ruinas a fin de explorarlas, y poseía un caudal de largas historias de todos los monumentos antiguos del país, que no dejaba de referir a poca ocasión que se presentase. Tenía el príncipe creído que este pájaro y el papagayo, como personas instruidas que uno y otro eran, habían de avenirse muy bien; pero se engañó completamente, porque lejos de

observar semejante armonía, casi siempre se estaban picoteando. El uno era un filósofo, y el otro un elegante: el papagayo citaba versos, hacía observaciones críticas sobre algunas obras recientes, y abundaba en pequeñas advertencias sobre algunos puntos poco importantes de erudición. El búho por su parte consideraba todo esto como cosa muy frívola, y decía abiertamente que solo estimaba la metafísica. Entonces se ponía el papagayo a cantar, y lanzaba epigramas y pullas picantes sobre la gravedad de su camarada, acompañándolas de una risa de satisfacción sobremanera insultante. Miraba el búho estos procedimientos como otros tantos ultrajes insoportables que se hacían a su autoridad; se engallaba, esponjaba el plumaje con semblante desazonado, y permanecía silencioso todo el resto de la jornada.

El príncipe apenas notaba la poca conformidad que existía entre sus dos amigos; porque ocupado enteramente en las ilusiones de su fantasía y en la contemplación del retrato de la hermosa princesa, no veía nada de lo que pasaba en su derredor. De este modo pasaron nuestros viajeros la árida y salvaje Sierra-Morena, y las agostadas llanuras de la Mancha y Castilla, siguiendo siempre las orillas del Tajo, que en su tortuoso curso baña la mitad de la España y de Portugal. Llegados en fin a una ciudad fortificada con torres y muros almenados, y edificada sobre una roca, que circundan con grande estrepito las aguas de aquel rio:

«Veis ahí, dijo el búho, la antigua y celebre ciudad de Toledo, tan famosa por sus antigüedades. Mirad esas cúpulas venerables, esas torres que aunque degradadas ya por el tiempo, tienen impresa la grandeza de los recuerdos históricos; esas torres en fin, en donde vivieron y meditaron tantos de mis antepasados.

— ¡Bah! dijo el papagayo interrumpiendo sin piedad al búho en medio de sus trasportes de anticuario, ¿y que nos importan a nosotros todos esos vejesterios de torres arruinadas, ni las antiguas historias de vuestros abuelos? Otra cosa hay aquí que interesa mucho mas directamente a nuestro objeto. Ved ahí el asilo de la juventud y la belleza: ya en fin, o príncipe, tenéis delante de vuestros ojos la morada de la princesa que hace tanto tiempo buscáis.»

Dirigió el príncipe la vista hacía el punto que indicaba el papagayo, y en el centro de una deliciosa pradera, situada a la orilla del Tajo, descubrió un suntuoso palacio que se levantaba por entre la frondosa arboleda de un amenísimo jardín: tal era el sitio que había descrito el palomo como retiro del original del retrato. Contemplable el príncipe con el corazón agitado de varios sentimientos. «Quizá en este momento, decía, estará la hermosa princesa solazándose con sus doncellas a la sombra de esos frondosos bosquecillos, o tal vez recorrerá con paso ligero los elevados terraplenes, si no es que se halla reposando en lo interior de la magnífica morada.» Al examinar con atención el edificio, observo Ahmed, no sin disgusto, que las tapias del jardín eran de una

elevación que imposibilitaba absolutamente el acceso; fuera de que estaban guardadas por centinelas bien armados.

Volviese pues al papagayo, y le dijo: «O el mas perfecto de los pájaros, pues que la naturaleza te ha dotado con el don de la palabra, ve al jardín, busca al ídolo de mi corazón, y dile que el príncipe Ahmed, peregrino de amor guiado por las estrellas, viene en su busca, y acaba de llegar a la florida ribera del Tajo.»

Lleno de vanidad el papagayo al verse honrado con semejante embajada, voló al jardín, se remontó por encima de sus altos muros, y cerniéndose por algunos instantes sobre los céspedes y bosquecillos, fue a posarse a la ventana de un pabellón, desde donde descubrió a la princesa medio recostada sobre un sofá, fijos los ojos en un papel, y bañadas de hermosas lagrimas sus cándidas mejillas.

Después de haber concertado con el pico todas las plumas de sus alas, recompuesto su verde traje y rizados el copete, de un vuelo se puso con aire risueño al lado de la tierna doncella, y con el tono mas dulce que le fue posible tomar le dirigió estas palabras: «Enjuga tus lágrimas, o la mas hechicera de las princesas, que vengo a traer consuelo a tu corazón.»

Asustase la princesa al oír una voz tan cerca de ella; mas no viendo sino un pájaro verde que la saludaba batiendo las alas: « ¡Ay! dijo, ¿qué consuelo puedes tú darme no siendo mas que un papagayo?»

Algo picado el loro con esta contestación, respondió con cierta secatura: «A mas de una bella consolé yo en mi tiempo; pero dejemos esto. Ahora vengo como embajador de un príncipe real. Sabe, o princesa, que Ahmed Al Kamel, príncipe de Granada, acaba de llegar en busca tuya, y se halla en este momento en la florida ribera del Tajo.»

A estas palabras brillaron los ojos de la princesa con más fuego que los diamantes de su corona.

« ¡O el mas amable de los papagayos, dijo, benditas sean las nuevas que me traes! La duda en que me hallaba acerca de la constancia del príncipe me tenía ya a la orilla del sepulcro. Vuelve al príncipe, y asegúrale que todas las palabras de su carta están grabadas en mi corazón, y que sus versos han sido el alimento de mi alma. Pero dile también que debe disponerse a probarme su amor con la fuerza de las armas; porque mañana mismo, en celebridad del decimoséptimo aniversario de mi nacimiento, celebrara mi padre un torneo: justaran en el muchos príncipes, y mi mano será el premio del vencedor.»

Levanto el papagayo el vuelo, se remontó sobre los árboles del jardín, y salvando el recinto del palacio, llego en un momento adonde estaba Ahmed. No es posible describir el júbilo de este: había hallado el original de la imagen

que hacía tanto tiempo adoraba, y le había hallado fiel y sensible. Los mortales favorecidos que han logrado como el la dicha de ver cumplidos sus dulces delirios y trocarse la sombra en realidad, son los únicos que pueden formarse una idea de su delicioso enajenamiento. Con todo no dejaba este de hallarse mezclado con alguna inquietud: aquel torneo, aquellos caballeros que se disponían a disputarle la posesión del objeto amado, no le permitían entregarse enteramente a la alegría. El clarín guerrero llenaba ya con su marcial sonido las frondosas riberas del Tajo, y por do quiera se encontraban paladines que acudían a las fiestas de Toledo, seguidos de numerosas y brillantes comitivas.

La misma estrella que precediera al destino de Ahmed había influido en el de la princesa, la cual para precaverse de los males que el amor podía ocasionarle, debía permanecer encerrada en el solitario palacio hasta haber cumplido diez y siete años. Sin embargo, como su mismo retiro había acrecentado la fama de sus gracias, se disputaban su mano muchos príncipes; y el rey de Toledo su padre, monarca señalado por su prudencia, para no atraerse enemigos si se inclinaba a uno u otro de los pretendientes, confió la elección de un yerno a la suerte de las armas. Entre los que aspiraban al prez de la victoria había muchos celebres ya por su fuerza y bravura; al paso que el desventurado Ahmed se veía desprovisto de armas, y sin ninguna idea de los ejercicios de la caballería ¡Qué situación tan triste la suya!

« ¡Cuanta es mi desgracia, decía, en haber sido educado en el retiro y bajo la dirección de un filósofo! ¿De qué sirven el álgebra ni la filosofía para los negocios de amor? ¡Ah Eben Bonabben! ¿Por qué te olvidaste de instruirme en el manejo de las armas?»

En esto rompió el silencio el búho, y como buen musulmán que era, empezó su discurso por una invocación piadosa.

« ¡Allah albar! ¡Dios es grande! Las cosas mas recónditas están en sus manos. ¡El solo gobierna el destino de los príncipes! Sabe, o Ahmed, que toda esta comarca está llena de misterios, conocidos únicamente de un corto número de eruditos, que se han dedicado como yo a las ciencias ocultas. En uno de los montes vecinos se halla una caverna profunda; en el centro de esta caverna hay una mesa de hierro, sobre esta mesa están unas armas encantadas, y junto a ellas se ve un hermoso caballo, igualmente encantado, todo lo cual ha permanecido oculto por espacio de muchos siglos.»

Quedo el príncipe sobrecogido de admiración; y el búho abriendo y guiñando alternativamente sus grandes y redondos ojos, y enhestando los cuernos, continuo así:

«Hace muchos años vine yo acompañando a mi padre en un viaje que hizo por este país para visitar sus posesiones; y como fijamos nuestra habitación en la caverna de que os hablo, tuve proporción de conocer los misterios que

encierra. Según una tradición de nuestra familia, que me refirió mi abuelo siendo yo muy niño, dichas armas pertenecían a un mágico moro, el cual habiéndose refugiado en la caverna cuando los cristianos tomaron a Toledo, murió en ella, y dejó su caballo y armadura bajo el influjo de un encanto, que no permitía pudiesen servir a otro que un musulmán; y aun a este solo desde el amanecer hasta el mediodía. Pero cualquiera que haga uso de ellas en este intervalo, está seguro de triunfar de todos sus enemigos.

— ¡Basta! exclamó el príncipe, busquemos al momento esa caverna.»

Guiado por su sabio Mentor halló Ahmed la caverna, que era una de aquellas guaridas salvajes que se encuentran en medio de los escarpados montes de Toledo; y a la verdad, solo el ojo de un anticuario o de un búho pudiera descubrir la entrada. Una lámpara sepulcral, en donde ardía sin consumirse un aceite odorífero, bañaba de pálida luz aquel misterioso retiro. Sobre una mesa, colocada en el centro de la gruta, yacía la armadura encantada, y a su lado se veía el corcel árabe enjaezado como para el combate, pero inmóvil como una estatua. Las armas estaban tan tersas y brillantes como cuando salieron de las manos del artífice; el caballo fresco y lozano como si acabase de pacer en el campo; y en el momento en que Ahmed le dio una palmada en el cuello, empezó a herir la tierra con la mano, y dio un relincho de alegría que estremeció toda la caverna. Provisto de armas y caballo, ya no sintió el príncipe otro afecto que la impaciencia de entrar en liza con sus rivales.

Llegó en fin el día fatal. El palenque para el torneo se dispuso en la vega o llanura que se extiende al pie de las murallas de Toledo; y a su rededor se levantaron anfiteatros y galerías para los espectadores, cubriéndolos de ricas tapicerías y toldos de seda que los defendían de los rayos del sol. Ocupaban las galerías todas las hermosas del contorno; y véanse al pie de ellas mil bizarros caballeros, que se paseaban por el circo con gentil continente, cubiertos de ricas armas y capacetes, en donde flotaban vistosos penachos de plumas. Pero todas las bellezas quedaron eclipsadas cuando apareció en el pabellón real la princesa Alegando, mostrándose por primera vez a los ojos de una multitud de admiradores: en todas las gradas, en todos los pabellones, en todo el campo se levantó al momento un murmullo de placer y sorpresa; y los príncipes, que solo aspiraban a su mano atraídos por la nombradía de su belleza, sintieron que se redoblaba extraordinariamente su ansia de combatir.

Mas la princesa se mostraba inquieta, y ora pálida, ora con el color encendido, tendía la vista por la multitud, y sus miradas indicaban temor y disgusto. Ya los clarines iban a dar la señal para el primer combate, cuando anunció un heraldo la llegada de un caballero extranjero, y entro en la liza el príncipe Ahmed. Llevaba sobre el turbante un almete de acero, guarnecido de piedras preciosas; la coraza era dorada; la cimitarra y el puñal, fabricados en

Fez, centelleaban rebutidos de diamantes; embrazaba un escudo redondo, y llevaba la lanza encantada. El caparazón del caballo árabe estaba ricamente bordado y colgaba hasta el suelo, y el fogoso bruto hacía graciosas corbetas, arrojaba humo por las narices, y daba alegres relinchos al verse de nuevo en un campo de batalla. El noble ademan y gallardo talle del príncipe Ahmed cautivaron la atención general; y cuando fue anunciado bajo el nombre del Peregrino de amor, todas las damas de las galerías experimentaron una agitación extraordinaria.

Entre tanto, al presentarse Ahmed para entrar en la liza, le fue cerrada la barrera; porque para ser admitido al combate era indispensable ser príncipe. Declaro su nombre y su rango; pero fue mucho peor, porque siendo mahometano no podía tomar parte en un torneo, cuyo premio era la mano de una princesa cristiana.

Rodearon le con ademan altivo y amenazador los príncipes sus competidores; y uno de ellos, notable por sus insolentes maneras y talla hercúlea, quiso poner en ridículo el tierno renombre de peregrino de amor. Ofendido el príncipe desafió lleno de furia a su rival: volvieron las riendas, tomaron campo y corrieron impetuosos a encontrarse; mas al primer bote de la lanza mágica, el indiscreto bufón, a pesar de su enorme estatura y fuerza prodigiosa, salto de la silla. Hubiera querido Ahmed detenerse aquí, mas las había con un caballo endemoniado y con unas armas encantadas, que nada era capaz de contener una vez puestas en acción. El corcel se lanzó sobre el grupo mas cerrado, y la lanza se llevaba por delante todo lo que encontraba. El amable y pacífico príncipe, hendiendo con violencia por entre la asombrada multitud, y cubriendo la arena de caballeros vencidos, sin distinción de clases, de valor o de destreza, se lastimaba el mismo de sus involuntarias hazañas. Pateaba el rey de coraje, y al ver tan mal parados a sus vasallos y a sus huéspedes, mando a los guardias que se apoderasen del que así se atrevía a ultrajarle; mas los guardias quedaban fuera de combate luego que se acercaban al príncipe. Mesabas el rey su larga barba, y tomando el escudo y la lanza, salto el mismo a la arena para imponer al extranjero con la majestad real. Más en aquel momento llegaba el sol al meridiano: el encanto recobraba su influjo, y el caballo árabe se lanzó en la llanura, salto la barrera, se arrojó en el Tajo, rompió nadando sus espumosas olas, y llevo al príncipe sin aliento y desesperado a la caverna mágica. Sobrado feliz Ahmed al apearse sano y salvo del diabólico bridón, volvió a dejar las armas y se sometió a los nuevos decretos del destino. Sentado en la gruta reflexionaba sobre las desgracias que aquel caballo y aquellas armas le habían atraído. ¿Cómo había de atreverse a presentarse en Toledo después de haber llenado de vergüenza a sus caballeros de un modo tan ignominioso? ¿Qué dirían, señaladamente la princesa, de una conducta tan insultante y grosera? Lleno de ansiedad envió a caza de noticias a sus dos confidentes alados. El papagayo corrió todas las encrucijadas y plazas

públicas de Toledo, y volvió muy pronto con abundante provisión de chismes. Toda la ciudad estaba consternada: a la princesa se la habían llevado sin sentido del pabellón; el torneo se había concluido con el mayor desorden; todos hablaban de la repentina aparición, de las prodigiosas hazañas, y de la desaparición todavía mas prodigiosa del caballero musulmán: quien decía que era sin duda algún moro mágico; quien opinaba que no podía ser otro sino un demonio en figura humana; al paso que muchos, recordando las tradiciones de los guerreros que permanecían encantados en las cavernas de los montes, suponían que podía ser alguno de ellos que hubiese hecho esta irrupción desde el centro de su guarida. Por lo demás todos convenían en que un simple mortal no hubiera podido ejecutar aquellos hechos extraordinarios, ni arrancar tan fácilmente de las sillas a la flor de los caballeros cristianos.

Luego que cerro la noche salió también el búho a dar su vuelta, y a favor de la oscuridad corrió todo el pueblo, posándose en los tejados y en las chimeneas. Dirigió en fin el vuelo al palacio real, construido en la cumbre del monte de Toledo, recorrió los terraplenes y las almenas; y husmeando por todos los rincones, y aplicando sus espantados ojos a todas las ventanas en donde distinguía luz; hizo también desmayar de miedo a dos o tres doncellas de la princesa, y continuo sus investigaciones hasta el amanecer, a cuya hora se fue a buscar al príncipe, y le participo todo lo que había descubierto en su expedición.

«Volando, le dijo, por delante de una de las torres mas elevadas del palacio, descubrí desde una ventana a la hermosa princesa, que tendida en su lecho y rodeada de médicos y de mujeres, no quería tomar nada de lo que la daban para aliviarla. Cuando se salieron, vi que sacaba de su seno una carta, la leía la besaba y prorrumpía en amargos lamentos, de que yo, como filósofo, no hice ningún caso.»

El tierno corazón de Ahmed quedo oprimido bajo el peso de tan tristes noticias: «Tú tenías razón, exclamaba, sabio Eben Bonabben; la tristeza, los cuidados, días de tribulación y noches de vigilia son el patrimonio de los amantes: ¡Allah preserve a la princesa del funesto influjo de este amor, que tanto desee conocer en mi delirio!»

Las nuevas noticias que el príncipe recibió de Toledo confirmaron la relación del búho: toda la ciudad estaba consternada; habían encerrado a la princesa en la torre más alta del palacio, y guardaban se con la mayor vigilancia todas las avenidas. Entre tanto se había apoderado de ella una melancolía profunda, cuya causa no podía nadie penetrar: negabas a tomar alimento, y cerraba los oídos a todo consuelo. En vano habían ensayado los médicos más hábiles todos los recursos del arte, en términos que al fin llego a creerse que estaba bajo el dominio de algún sortilegio. En situación tan lastimera mando el rey publicar por todo el reino, que cualquiera que lograra

curar a la princesa, recibiría en premio la joya mas rica de su tesoro.

Cuando oyó el búho esta noticia desde un rincón de la caverna en donde estaba dormitando, volvió alternativamente sus grandes ojos a uno y otro lado, y tomando un aspecto más misterioso que nunca:

« ¡Allah albar! dijo, dichoso el que pueda efectuar esta curación, si sabe únicamente cuál de las joyas de la corona debe elegir.

— ¿Y qué idea es la vuestra, o venerable búho? pregunto el príncipe.

—Estadme atento, o príncipe, y veréis el termino adonde se dirige lo que acabo de deciros. Nosotros los búhos formamos, como ya sabéis, un cuerpo sabio, dedicado principalmente a investigaciones oscuras y polvorientas: pues ahora bien: en mi última excursión nocturna a las torres y chapiteles de Toledo, descubrí una academia de búhos anticuarios, que celebra sus sesiones en la gran torre, donde se halla depositado el tesoro real. Reunidos allí aquellos sabios, disertan largamente acerca de las formas, inscripciones y objetos de las antiguas alhajas, y vasos de oro y plata que se hallan amontonados en aquella pieza; sobre los usos de los diferentes pueblos y edades; pero lo que principalmente los ocupa, son ciertas antiguallas y talismanes que se conservan allí desde el tiempo del rey godo D. Rodrigo. Entre estos últimos objetos existe un cofre de madera de sándalo, precintado con barras de hierro a la manera oriental, y cubierto de caracteres misteriosos, conocidos únicamente por algunas personas doctas. Este cofre y su inscripción han sido el objeto de muchas sesiones de la academia, y ocasionado grandes debates entre sus miembros; y en el momento de mi visita, puesto a una esquina del cofre un búho muy viejo que acababa de llegar de Egipto, estaba leyendo las palabras escritas sobre la cubierta; y ateniéndose a su sentido, probo que el cofre contenía la alfombra de seda que cubría el trono del sabio Salomón: cuya alhaja debieron de traer a Toledo los judíos que se refugiaron aquí cuando la perdida de Jerusalén.»

Luego que termino el búho su erudito discurso, quedo el príncipe como sumergido en profundas meditaciones; y al cabo de breves momentos dijo dirigiéndose a sus compañeros:

«Mas de una vez he oído hablar al sabio Eben Bonabben de las propiedades de ese talismán, que habiendo desaparecido en la destrucción de Jerusalén, se creía ya perdido para el género humano. Su existencia es sin duda un misterio para los cristianos de Toledo; y si yo pudiese apoderarme de ese cofre, era cierta mi felicidad.»

Desde el día siguiente troco el príncipe sus ricas vestiduras por el humilde traje de un árabe del desierto, se pintó el rostro y las manos de color cobrizo, y quedo tal que nadie hubiera conocido en el al gallardo caballero que causara

tanta admiración y espanto en el torneo. Con un palo en la mano, una canasta al lado y una flauta campestre se dirigió a Toledo, y presentándose a las puertas de palacio, se anunció como un aspirante a la recompensa prometida por la curación de la princesa. Los guardias querían arrojarle ignominiosamente. « ¡Como! decían, ¿un beduino miserable podría hacer lo que han intentado en vano los primeros sabios?» Mas el rey, oído el alboroto y preguntada la causa, mando que le presentasen aquel hombre.

«Poderoso rey, dijo Ahmed, tenéis en vuestra presencia a un árabe beduino, que ha pasado la mayor parte de su vida en las soledades del desierto. Notorio es que estas se hallan infestadas de toda suerte de demonios y espíritus malignos, que nos atormentan a los pobres pastores, cuando apacentamos nuestros ganados lejos de los pueblos; se entran en los cuerpos de las reses, y algunas veces comunican fiereza hasta al paciente camello. Para deshacer estos sortilegios, no empleamos otros medios que la música; y ciertas tonadas que se han transmitido de generación en generación, ora cantadas, ora tocadas con el caramillo, tienen la virtud de ahuyentar aquellos malos espíritus. Yo pues pertenezco por dicha a una familia eminentemente dotada de esta virtud maravillosa contra los hechizos y sortilegios; la poseo en toda su plenitud; y si el estado lastimoso en que parece se halla vuestra hija es ocasionado por alguna influencia maligna de este género, me obligo desde luego a libertarla, y respondo de su salud con mi cabeza.»

Era el rey un hombre de muy buen juicio; conocía los secretos de los árabes de que el beduino acababa de hablarle, y habiéndole inspirado la mayor confianza la franqueza con que este pastor se explicaba, le condujo al gabinete de la princesa, cuyas ventanas daban a una especie de galería, desde donde se descubría toda la ciudad de Toledo con las campiñas circunvecinas.

Sentase el príncipe en una silla que se había colocado en la galería, y toco algunas tonadas árabes que había aprendido de sus criados en el Generalife. La princesa permaneció insensible, y los médicos que se hallaban allí meneaban la cabeza y se sonreían con semblante de incredulidad y menosprecio. En fin, el príncipe dejó el caramillo, y se puso a cantar los versos que envió a la princesa declarándola su amor.

La hermosa doncella reconoció al momento las estancias, apoderase de su corazón una alegría repentina, levanto la cabeza, escucho; arrasaron se dé lagrimas sus ojos, palpitaba su seno, y tññasele de púrpura el semblante. Bien hubiera pedido que hiciesen entrar al músico; pero el tímido pudor de una virgen no la dejaba hablar. Comprendió el rey su deseo, y mando al momento que entrase el cantor. Vieron se los dos amantes y fueron discretos, pues se contentaron con dirigirse mutuamente algunas tiernas miradas que decían mucho mas que largos discursos. Nunca se vio triunfo mas completo: las rosas aparecieron de nuevo en las mejillas de la encantadora Alegando; sus labios

recobraron su frescura, sus ojos su brillo seductor.

Mirábanse atónitos los médicos, y el rey consideraba al beduino con una admiración mezclada de respeto. «Joven prodigioso, exclamó, quiero que seas mi primer médico, y jamás tomare otros remedios que tu dulce melodía. Por ahora recibe la recompensa que te es debida; elige la joya más preciosa de mi tesoro.

—O rey, contesto Ahmed, el oro, la plata ni las piedras preciosas tienen a mis ojos muy poco valor; mas tú posees una reliquia, un cofre de madera de sándalo que encierra una alfombra de seda. Dame pues ese cofre y nada mas deseo.»

Todos los circunstantes quedaron sorprendidos de lo moderado de la elección; y mas aun, cuando traído el cofre, fue sacada la alfombra: la materia era seda, el color un verde muy hermoso, y estaba cubierta de caracteres hebreos y caldeos. Los médicos de la corte se miraban encogiéndose de hombros, y sonriéndose de la simplicidad de su nuevo compañero, que se contentaba con tan módicos honorarios.

«Esta alfombra, dijo el príncipe, cubrió en otro tiempo el trono de Salomón, el mas sabio de los monarcas: digna es de ser colocada a los pies de la belleza.»

Dicho esto desplego la alfombra y la tendió en la galería, debajo de un lecho que habían colocado allí para la princesa, y sentándose a los pies de esta:

« ¿Quién podrá oponerse, continuo, a los decretos del destino? ¡Cumplieron se las predicciones de los astrólogos! Sabe, o rey, que tu hija y yo nos amábamos en secreto hacía largo tiempo: ya tienes en tu presencia al Peregrino de amor.»

No bien había pronunciado estas palabras, cuando se levantó la alfombra en el aire, llevándose al príncipe y a la princesa. El rey y los médicos se quedaron pasmados, y siguieron con la vista a los fugitivos, hasta que ya no se distinguían sino como un punto negro que resaltaba sobre el fondo blanco de una nube, y que al fin se perdió en el azul del cielo.

Indignado el rey, hizo llamar inmediatamente a su tesorero. « ¿Cómo, le dijo, has permitido que un infiel tomase posesión de tan precioso talismán?

— ¡Ah señor! respondió el tesorero, aquí no conocíamos sus virtudes, ni el sentido de los caracteres inscritos sobre el cofre que le guardaba. Si es en efecto la alfombra del rey Salomón, no cabe duda que se halla dotada del poder mágico de trasportar a su posesor por los aires adonde le plazca ir.»

Reunió el rey un poderoso ejército y se dirigió a Granada, adonde llegó después de una marcha larga y penosa. Luego que dio vista a la ciudad sentó

sus reales en la vega, y envió un heraldo a reclamar a su hija. El rey de Granada salió en persona a saludar al monarca toledano, que reconoció en el al músico beduino. Ahmed acababa de subir al trono por muerte de su padre, y la bella Alegando era su sultana.

El rey cristiano consintió en el enlace de su hija con Ahmed, cuando se le prometió que la princesa quedaría en libertad para conservar su religión; porque de otro modo estaba resuelto a oponerse con todo su poder. En vez de batallas sangrientas hubo fiestas y regocijos; el anciano rey regreso luego a Toledo, y los jóvenes esposos continuaron reinando en la Alhambra con no menos sabiduría que felicidad.

Para completar mi historia no puedo dispensarme de añadir que el búho y el papagayo habían seguido al príncipe a cortas jornadas: el primero solo viajaba por la noche, alojándose durante el día en las diferentes posesiones hereditarias de su familia; el último figuraba en las reuniones más brillantes de las ciudades que se hallaban en el tránsito. Ahmed recompensó generosamente los servicios que uno y otro le habían hecho durante su peregrinación, pues nombro primer ministro al búho, y maestro de ceremonias al papagayo. Con lo cual parece inútil añadir que jamás hubo reino mejor administrado; ni corte más escrupulosa en la observancia de las reglas de la etiqueta.

FIN.